Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

Año I. — Núm. 45. Buenos Aires, Miércoles 15 de Noviembre de 1911. 10 ctvs. en toda la República

EL ARTE LÍRICO EN BUENOS AIRES



ADA GIACCHETTI

Bella y notable soprano de la compañía del Coliseo.

LA GUERRA ITALO - TURCA



Entusiasta despedida del pueblo napolitano á las tropas que partieron á Trípoli, al empezarse las hostilidades.



MOMENTO CULMINANTE

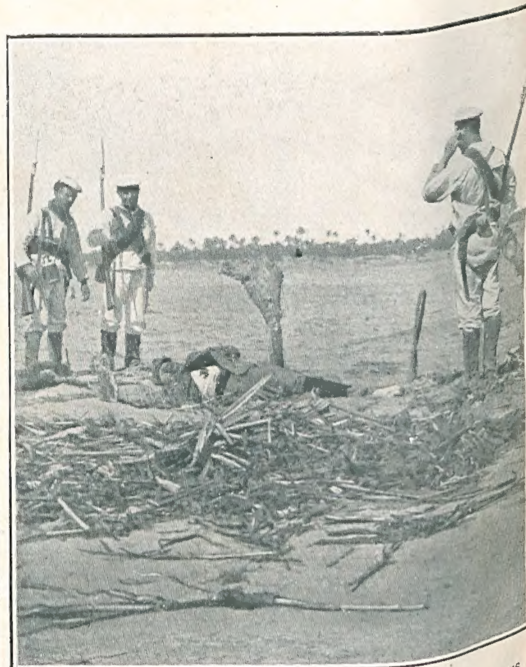
El acto de izar por vez primera la bandera italiana en Trípoli



Cañón de uno de los fuertes turcos que protegían á Trípoli, desmantelado y destrozado después del bombardeo de esta ciudad por la flota italiana, en los comienzos de la guerra actual.



Un mortero de la defensa turca alrededor del cual cayó una lluvia de balas italianas, la mayoría de las cuales no explotó



Marineros italianos reconociendo el cadáver de uno de sus enemigos, después de una noche de tiroteo

La palpitante actualidad de la guerra entre Italia y Turquía presta gran interés á la información gráfica que ofrecemos hoy á los lectores de Mundo Argentino. Por ella se verán reflejadas diferentes fases del acontecimiento más trascendental de esa guerra: la toma de Trípoli. Son las primeras vistas de la guerra que llegan á Buenos Aires.



Soldados de un regimiento de bersaglieri en el momento de desembarcar en Trípoli



Una bala de grueso calibre de la escuadra italiana encontrada sobre la playa sin explotar



Cañones abandonados por los turcos en Trípoli al huir de esta ciudad después del bombardeo y desembarco de las tropas italianas

Mundo Argentino

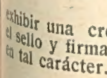
Semanario Popular Ilustrado

Aparece los Miércoles

Editado por la Empresa Haynes

Chacabuco 677 y 685

Unión Telefónica 1472, Avenida



Precio del ejemplar al público en todo el país, 10 centavos.

Precio de la suscripción anual en la república: pesos 5 m/n., y pesos 3 oro en el extranjero.

Los reporters y fotógrafos de la capital que invoquen representación de MUNDO ARGENTINO deberán exhibir una credencial en forma, con su retrato y el sello y firma del Administrador, que los acredite en tal carácter.

No se devuelven originales, no se mantiene correspondencia acerca de los recibidos, ni se pagarán aquellos no solicitados por la Dirección, aunque se publiquen.

LA SEMANA

La cámara de diputados ha iniciado el debate electoral, esto es, ha puesto en la orden del día el asunto relativo á la reforma electoral propuesta por el ejecutivo, El debate ha sido muy interesante y la oratoria ha brillado á gran altura; aunque se descontaba de antemano el triunfo de la lista incompleta, preconizada por el presidente de la república.

La mayoría parlamentaria, sin convicciones, pero uniforme en su propósito, ha decidido refrendar con su voto la reforma presidencial, y, á nuestro juicio, si de tal actitud surge desde luego la evidencia de una lenidad parlamentaria bien poco ejemplar por cierto, de hecho se impone asimismo la evidencia de que el programa reformista del actual mandatario empieza á cumplirse sin tropezar con mayores obstáculos.

Si existe un acuerdo tácito entre los dos más altos poderes de la nación, cosa es que no nos atrevemos á conjeturar. Sólo nos queda la impresión de que es verdad la tendencia innovadora manifestada en su programa de principios por nuestro primer magistrado.

Y eso sólo nos ahorra todo otro comentario.

Ha causado sorpresa el raro criterio con que la comisión investigadora de tierras y colonias de la cámara de diputados ha encarado la magna cuestión nacional de la colonización.

Participamos de tal extrañeza porque no podemos concebir que ese criterio responda á un propósito deliberado de obstruccionismo; que no sería admisible bajo ningún pretexto en el momento actual.

El hecho es que la referida comisión se ha pronunciado categóricamente contra el sistema de colonización en vasta escala, preconizando, en cambio, el régimen personal á base de favoritismos, causa capital de ese mal que no se cansa la prensa de fustigar: el latifundio.

Por la profunda analogía que existe entre semejante concepción de las necesidades nacionales, y las espúreas ambiciones del caciquismo regional, podríamos suponer, por asociación de ideas, que nuestra cámara de diputados se propone prestigiar, por todos los medios á su alcance, el viejo sistema proteccionista, á fin de asegurarse, hoy como siempre, el caudal electoral en que se basa todo el sistema actual.

Lógicamente, desaparecido el latifundio, y con él el prestigio caudillesco, el prestigio político dejará de ser una mera cuestión de número, para convertirse en lo que debe ser, una cuestión de méritos. Y eso es, acaso, lo que se quiere evitar poniendo obstáculos á la expansión de la riqueza pública, que traería acoplada una mayor independencia comicial.

Sin embargo, el país está convencido que el sistema de colonización oficial ó proteccionista es malo, y es fuerza que, tarde ó temprano, se haya de imponer la necesidad de sustituirlo por otra fórmula que, á la vez que dé mayor expansión á nuestras riquezas, asegure, en lo que respecta á la vida ciudadana, la real y verdadera independencia.

La carta del presidente de la república de que nos ocupamos en nuestra edición última, ha herido susceptibilidades y levantado ampollas en la epidermis de algunos interesados en la cuestión. Y no era para menos: El primer magistrado, encarando con ánimo valiente responsabilidades que á otros asustarían, ha tirado de la manta como vulgarmente se dice, poniendo al descubierto las cosas más feas de la administración pasada, y, es natural, no son pocos los que tienen algo que tapar, y no les ha hecho mucha gracia esa travesura presidencial.

Pero, no deja de ser curioso el criterio: Todo el país ha dicho, á voz en cuello, que la administración aduanera pasada era un desastre; todos hemos sostenido á gritos que los incendios de los depósitos de la aduana fueron el resultado de un plan, monstruoso, criminal, tendiente á ocultar robos y fraudes de la peor especie. Y estábamos muy conformes con todo eso, hasta que el primer magistrado, con gesto de varón fuerte, lo dice también y lo refrenda con su firma. Ahora es el caso de protestar, de ponernos la ceniza en la frente y rebelarnos contra la profanación de los misterios administrativos.

Lástima que sea verdad aquello de que palabra y piedra suelta no tienen vuelta: Lo dicho dicho está, y no sería menos verdad porque ello les duela á algunos espíritus timoratos.

Nosotros repetimos nuestro juicio anterior al respecto: Esa carta es el más bello documento, el título mejor saneado que puede aducir hasta hoy, el doctor Sáenz Peña para aspirar á la confianza pública.

Después de casi dos meses de vencido el plazo usual para la presentación del proyecto de impuesto municipal, todavía el intendente no ha presentado ese proyecto, ni se tienen noticias de su confección.

Tal demora en el cumplimiento de una práctica elemental en nuestra organización intendentil, ocasiona, como es lógico, protestas y contratiempos de todo género, que afectan muy hondamente á la buena administración edilicia de esta capital.

La opinión pública, solicitada en este asunto, se expide clara y categóricamente: El señor intendente tiene sobrado qué hacer con sus proyectos asiáticos de avenidas y diagonales, para descender á distraer sus poderosas energías en nimiedades como la que nos ocupa.

Si se tratara, por ejemplo, de prohibir el pregón de los diareros y desalojar vendedores ambulantes del centro de la ciudad, ya sería otra cosa. Pero, ¡esas pequeñeces!, ¡bah!...

La promesa de la cosecha ha despertado en el alma nacional vibraciones de himno. Displicente, lluviosa y huracanada, la primavera actual tiene para el país la fecunda poesía del pan tierno y humeante. La tierra, siempre buena, ha bebido á raudales sangre de vida; y donde quiera el verdor de la abundancia canta alegría.

Acaso muy pocas veces se haya presenciado entre nosotros una más perfecta comunidad de aspiraciones. Todos, grandes y chicos, pobres y pudientes, vivimos como suspensos en el encanto de esa magnífica promesa, y á cada noticia promisora que cruza la campaña, se diría que nos sentimos aliviados de ese extraño malestar que embargó durante meses nuestro espíritu.

Es que la tierra resucita, y el milagro de la abundancia hace palpitar los corazones. Es que se está elaborando una estrofa de la epopeya incruenta del trabajo santo y noble, y el alma se pone de rodillas en acción de gracias al cielo y al terruño generosos.

A pesar de los funestos pronósticos de ciertos espíritus cavilosos, el famoso decreto del gobierno italiano prohibiendo la emigración hacia el Río de la Plata, en nada ha afectado á nuestra situación económica.

Por lo contrario, todo lo que ha sucedido es que, por un fenómeno de reacción ya previsto, la diminución de la importancia en la corriente inmigratoria italiana, trajo, como consecuencia lógica, un aumento relativo en la de otros países, España sobre todo, que aporta al país un aumento de contingente que casi compensa las pérdidas motivadas por el susodicho decreto real.

La estadística lo demuestra así palmariamente, y, aparte de ello, basta tender una mirada en derredor para convencerse de que el apocamiento de la inmigración italiana no ha originado transtorno alguno en la vida económica del país.

Siempre juzgamos un error el exclusivismo de criterio de los que pretendían considerar á la Argentina como un país fatalmente tributario de la inmigración italiana, y hoy, más convencidos que nunca, hasta nos atrevemos á aventurar una profecía: Dentro de pocos años, la ocupación definitiva de Trípoli por Italia restará á la Argentina muchos miles de brazos italianos, y entonces, como ahora, esa falta será llenada insensiblemente y sin trastornos, toda vez que el contingente italiano — muy útil en nuestro suelo — será naturalmente suplantado por el que nos han de enviar otras naciones.

La situación nos parece bien clara y no la juzgamos digna de mayores cavilaciones.

EL ESCANDALO DE ZARATE

No es posible, por contemplaciones de ninguna especie, entrar en complicidades de silencio ante hechos tan monstruosos como los ocurridos en Zárate.

Los crímenes del ex teniente cura Lasseyte no dejan de serlo porque este individuo estuviera investido de hábito sacerdotal; como no dejan de ser crímenes, por haberse perpetrado en inocentes, inermes criaturitas, atraídas á la perdición por la perversidad más refinada. ¡Claro que, ambas circunstancias, lejos, muy lejos de atenuar la culpa de ese individuo, la agrandan en proporciones que llevan á la intensa indignación á toda conciencia honrada y que angustian á todo corazón puro y generoso!

Los crímenes de Lasseyte claman justicia al cielo y á los hombres.

La población de Zárate, sin distinción de creencias, sin miramientos que serían imperdonables, se ha levantado airada en la protesta y en el clamor del ejemplar castigo. Las poblaciones vecinas de Zárate, han acudido á evidenciar su indignación en los mitines realizados. Todo el país espera, anhela y clama la sanción del culpable.

Mundo Argentino también la espera.

No podemos de ningún modo aceptar esas insinuaciones de que habrá quien ampare al criminal. ¿Quién? ¿Por qué?...

Esas suposiciones ofenden á las autoridades de la República. Si se insinúa eso, por la religión, decimos que nada tiene. que hacer la fe verdadera con un degenerado semejante.

Mientras no se pruebe lo contrario, nosotros pensaremos — como toda la opinión sensata — que á este criminal se le castigará como á cualquier otro criminal, y más aún, por la agravante circunstancia de ser un sacerdote, lo que importa, además de los crímenes, la horrenda burla y el inícuo escarnio de la sociedad y de la religión á un tiempo.

Como las madres de las numerosas víctimas — ay! tan cobardemente defraudadas en sus derechos á la vida honrada y feliz! — cual todas esas madres, con toda el alma clamamos porque se nos dé á todos, siquiera la compensación del ejemplar castigo.

Del mostrador al carrito

(Síntesis histórica de la vida de Giuseppe)

Un pequeño turinés, albino y pecoso, de ojos azules, pisó por primera vez tierra argentina el año sesenta y nueve: Di Paolo Giuseppe, su nombre. Unos parientes, radicados ya aquí cuando él vino, le proporcionaron trabajo en una antigua "pulpería", hoy almacén de comestibles, propiedad de cierto compatriota suyo, el señor Guaragni.

Lo presentaron al patrón, previa una rapada de su cabello italiano; al patrón le pareció buena la pinta del muchacho y lo admitió en seguida. Después de un pequeño discurso bilingüe sobre la honradez que debe presidir, en beneficio de "la casa", todos los actos del buen empleado hasta que deje de serlo y asciendа á dueño, le entregó un delantal que se ciñó Giuseppe á la cintura; se puso por indicación del jefe, en mangas de camisa, y le señalaron su puesto tras el mostrador, en el despacho de bebidas. El cronista tiene informes exactos sobre el primer acto que realizó el pequeño Giuseppe: lavarse las aún vírgenes manos en el grifo del mostrador. Seis años de "mozo", (á los veintiuno de Giuseppe); cuatro años en calidad de dependiente, (veinticinco de Giussepe); habilitado después. Por fin, á los treinta y seis socio. "Almacén Humberto I, de Guaragni y Di Paolo", apareció cierto día un flamante rótulo en el frontis ochavado de la casa.



Aquí un escritor de los denominados "sentimentales" mentiría descaradamente, hablándonos de la intensa emoción de Giuseppe al contemplar desde la vereda el letrero recién pintado, brillante y llamativo. Nos diría también de las lágrimas que bañaban el rostro del "honrado y laborioso" turinés; de su intensa emoción, de su íntima alegría al ver en aquel letrero y en los caracteres modernistas de su nombre, el colmo de sus ilusiones realizadas. Pero, nosotros que no poseemos ninguna de esas dos cualidades, diremos la verdad. Que es ésta:

Aquél acontecimiento sólo influyó en el estómago de Giuseppe. Todas las intensas emociones se redujeron á "mangiare" una gran fuente de tallarines, rociándolos con una dósis de vino "barbera", copiosa dosis.

Observa ahora el "historiador" que hay en este relato una laguna demasiado grande. ¿Qué hizo Giuseppe en el transcurso de esos años? preguntará el lector curioso. Poca cosa. En las tardes de verano descabezó algunas siestas sobre los cajones vacíos amontonados en el patio; aprendió á mascullar el castellano; creció, como es natural; engordó bastante y aquel pequeño bozo sedoso y rubió de su época de "habilitado" (en la que tuvo una insignificante aventura con una chinita sirvienta) se transformó en un gran bigote. Además le habían aplicado las clientas el cariñoso diminutivo de "Giuseppín". No estuvo enfermo. Eso fué todo.

Volviendo á tomar el hilo de nuestro interrumpido relato (como diría Paúl de Koch), hemos de confesar, sin embargo, que aquel día fué excepcional para nuestro Giuseppe. Salió por primera vez á la calle ¡después de veintiún años de penitenciaría comercial! Esto es verdad y pedimos al lector que lo crea bajo la fe que pueda tener nuestra palabra. Giuseppe vivió por espacio de veintiún años, — día por día, como en los presidios, — amontonando pesos y criando grasa en su cuerpo, entre quesos, aceites, salames y pimienta colorada. Fué, evidentemente, un héroe del olfato.

¡Salió Giuseppe á la calle y vió, plenamente, la luz del sol; vió el pleno cielo y respiró, á pleno pulmón, el aire! (Esta pequeña tirada patética no viene mal aquí).

Se había procurado con anterioridad una indumentaria flamante y apareció en la puerta de "su" negocio, transformado, desconocido casi: traje y galera, negros; cuello de palomita y corbata verde, de lazo; zapatos amarillos; gran pedrada de flores en el ojal. Entre sus dientes renegridos, un cigarro de hoja. Era en el verano.

Fué á retratarse. Se emborrachó formidablemente en compañía de unos amigos.

... Llegó, á las seis de la mañana del día siguiente, á su casa; llegó él ó lo llevaron. Este último dato histórico es de imposible comprobación.

Estuvo tres días en cama, reponiéndose; después volvió á aparecer la figura rechoncha de Giuseppín tras el símbolo escarnecido de Temis.

Este acontecimiento fué el punto central de la vida del héroe. Para él, el día de su primera salida fué algo como las olimpiadas y el nacimiento de Cristo para la humanidad.

—

Después se metió en el cubil y la honda pena que le produjo el haber gastado aquella noche doscientos pesos le hizo recomenzar de nuevo el trabajo con bríos de fiera. Trabajó incansablemente; reunió más plata, y, á los dos años de su ingreso en la sociedad "crepó" el viejo Guaragni de una apoplegía fulminante. Como no tenía parientes, instituyó por único heredero á Giuseppín. Este había engordado más. Construyó una casita; buscó una italiana rolliza y se casó. A los cuatro años la mujer le había alumbrado cinco hijos.

Y á estas alturas tiene que degenerar el relato de la vida de Giuseppe, porque después... no pasa nada. Su vida es luego una cosa farinácea, gelatinosa, espesa. Entre el mostrador, lleno de tarros, fuentes con mortadela y matambre pringosos y el lecho conyugal, ancho y bien afirmado en el piso transcurren los días para el buen Giuseppín. Entre la grasa de sus comestibles, su propia grasa, la de su mujer y la de sus tiernos hijos, vive el turinés, ya maduro de edad. Nada en un mar de grasa y en el mar de lo inconsciente. Es una máquina humana.

—

Un ataque de reuma tiene ahora postrado á Giuseppín en un "carrito", hecho á propósito. Los días de sol lo sacan en él por la vereda. A medida que sus pesos fueron aumentando en progresión aritmética, la grasa en el cuerpo de Giuseppín aumentó en progresión "geométrica": Se le hinchó el abdomen, el cogote, las piernas. Ahora es una bola de sebo. Su cara redonda está también hinchada; es una cara roja, congestionada. Los ojos y la nariz han desaparecido, se han hundido entre los mofletes. Le han hecho afeitarse el bigote y se le ve tan sólo una boca de labios azulados, colgantes como piltrofas, por entre los que se filtran hilos de baba. Un hijo de Giuseppín empuja el carrito y le limpia, á intervalos, la boca babosa. Ya no puede hablar. Cuando pretende hacerlo se escapan por su atascada garganta sonidos inarticulados, mujidos....

Lamentamos que la historia de este "laborioso inmigrante" sea poco entretenida. Un relato minucioso, hecho por una pluma experta, dignificaría sin duda el tipo de Giuseppe. Nosotros tan sólo hemos querido demostrar que éste realizó su propósito é "hizo la América".

Nicasio Pajares.

EL HABITO QUE HACE AL MONJE



Gente que usted conoce...

LA CARRETA TUCUMANA

Las vías de comunicación durante el período colonial argentino corrían parejas con los demás servicios públicos del país. Todavía suenan familiares al oído las palabras "carreta tucumana", que han quedado proverbiales por su forma y por su lentitud. Cuando marchaban, formaban caravanas del desierto para afrontar los peligros de la travesía, é iban arreando carne en pie y rodeadas de numerosos jinetes para, desde la cuchilla arenosa, bombear á la indiada en el constante peligro de un malón. Llegaban después de meses, traían los frutos de tierra adentro, y á los muchos meses volvían á Tucumán y á Cuyo, llevando el "dernier cri" de las modas de entonces: bayetas coloradas, abigarradas zarasas de las fábricas inglesas, algunos brocatos, todos artículos que, á su vez, habían llegado á Buenos Aires después de meses de navegación, en los bergantines, zamacras, polacras, balandras y fragatas, que fondeaban bien lejos de la costa.

Bellezas contemporáneas



¡La paz reina en el mundo!

LAS ANTIGUAS BAÑADERAS PORTEÑAS

En el antiguo Buenos Aires las medias pipas, como bañaderas eran un lujo de pocos elegidos, tanto, que las viejas negras del barrio pronosticaban con fecha segura la inminencia de una boda en una casa solariega cuando una de esas pipas era facilitada de familia á familia y el aguador duplicaba la ración ordinaria para las abluciones preventivas de la ceremonia. Se conservan aún en una casa de La Plata las dos primeras bañaderas de mármol introducidas en el país en el año 1849 para el uso personal de Rozas y su familia; el tiempo les ha dado ahora la pálina amarillenta del mármol antiguo, el confort moderno las ha transformado en vasos de jardín, donde á la sombra de tupido follaje crecen lozanos helechos y musgos.

QUISICOSAS

"Telegrafían de Ravenna que ha sido totalmente destruída por el fuego la choza del pinar de San Vitare, donde Garibaldi se refugió en 1849, librándose de los austriacos que lo perseguían.

Se consiguió salvar el registro de visitantes".

Suponemos que muchos miles de italianos habrán leído esa noticia, pero no nos atrevemos á suponer cuáles habrán sido sus consideraciones y composiciones de lugar á tal respecto. El hecho en sí, nada dice, y si es verdad que algo sugiere, ese algo entra en la categoría de las quisicosas sobrado sutiles para la comprensión poco ejercitada del vulgo lector.

Veamos: En momentos en que Italia —la Italia garibaldina, obra y hechura del ilustre aventurero que llenara el mundo con la gloria purísima de su nombre — sostiene, ante el mundo y la historia, una lucha cruel y sangrienta, que acaso no sea el fiel trasunto de aquella otra, grandiosa y ardiente, en que se modelara su significación actual como potencia; en el momento, decimos, en que Italia prodiga su sangre y su dinero en aras de un ideal conquistador, fuera de sus límites geográficos, la humilde choza que salvara á Garibaldi, y con él á la Italia de ayer, cae destruída por las llamas.

¿Casualidad? Puede ser, pero, en tal caso, casualidad muy sugerente, que acaso entraña una formidable lección histórica.

Conversemos con los símbolos, y tal vez ellos nos den la clave del enigma:

Ayer, Italia, personificada en Garibaldi, bregaba por una causa justa, hermosa y eminentemente humana, y cuando esa causa peligraba en la persona de su principal paladín, el techo de una choza providencial salvó al guerrero para que Italia se salvara. La historia veneró más tarde esa choza, haciendo de ella un símbolo de la gloriosa epopeya garibaldina.

Hoy, Italia, personificada en un nieto de Víctor Manuel II y, por lo consiguiente, nieto espiritual de Garibaldi, se desangra en una lucha tan tremenda, pero acaso no tan justa, hermosa y humana. El mundo calla, pero ese algo providencial que no falta nunca en los grandes movimientos de la historia, hace una nueva aparición en la epopeya: La choza histórica es destruída por las llamas, como para advertir al nieto de dos héroes que ya no hay razón para que Italia se salve bajo la humildad gloriosa de su techo.

Y, para completar esta quisicosa, quedan al mundo esos registros fatales, como una recordación justiciera y eterna que ha de servir á los curiosos de mañana como elemento de comparación entre las obras de los abuelos y sus nietos.

¿Qué extrañas quisicosas tiene la casualidad?

Luis Onetti Lima.

Dar de comer al hambriento

"Ciento ochenta peones que trabajan en la línea férrea del ramal entre Avellaneda y Reconquista, de la compañía francesa, presentáronse días pasados á la jefatura política á pedir comida, porque donde trabajan, ni les pagan ni les dan qué comer. Como el jefe político no se encontrara en Reconquista, el secretario de la policía pidió autorización al ministro para distraer fondos con ese objeto.

Todo el día anduvo esa pobre gente por las calles del pueblo y algunas personas les dieron galleta y carne, á fin de que pudieran pasar la noche".

¿Se ha cumplido así el precepto bíblico "dar de comer al hambriento"? Hasta cierto punto, sí, y ello abona en favor de las buenas almas que así lo hicieron. Pero, para dar la obra por terminada, ¿qué habría qué hacer con esa compañía que deja sufrir hambre á sus obreros?

¡A veces se siente la nostalgia de la ley del talión!



¡NO CREA, RUBIO!...

¿El Código fundamental de la República Argentina garantiza la vida y hacienda de todos los habitantes del país, poniéndolos bajo la égida tutelar de sus autoridades constituidas? ...

TINOGASTA. — Después de un cambio de palabras con el comisario local, á las 8 p. m. fué citado á la comisaría el señor José del Pino (hijo), donde fué abofeteado groseramente por el funcionario aludido ayudado por los agentes, dejándolo, cuando ya estaba desfigurado y lleno de sangre, incomunicado durante media hora.

ELORTONDO. — Ocurrió anteayer en San Urbano un hecho vergonzoso producido por la jefatura política, poco edificante para su vecindario y vejatorio para los ciudadanos que fueron víctimas de ese atropello.

El secretario, capitán Manrique, no habiendo podido comprobar la efectividad de una jugada en una reunión política, esperó que aquélla terminara y procediendo arbitrariamente, fué deteniendo uno por uno, sacando de su domicilio á ciudadanos pacíficos, muchos de los cuales no habían concurrido á la reunión y se les conducía por las calles públicas entre cuatro agentes y tres comisarios, cual si se tratara de criminales.

RIO COLORADO. — Debido á la mala organización de la policía, casi no transcurre un día sin que los agentes cometan algún abuso. Anteanoche el agente José Ratebenque hirió de un sablazo á Felipe Avila, por negarse ir á pie hasta la comisaría, distante dos kilómetros de la estación. El detenido había pedido al agente que le permitiera tomar un carruaje.

DEAN FUNES. — Anteanoche en circunstancias que se encontraba con un grupo de amigos frente al hotel Central, fué acometido en forma insolente don A. Echeverría por el comandante Jaime Márquez, jefe del distrito militar número 41.

Ayer á mediodía dos oficiales que prestan servicio en el mismo distrito, el teniente Francisco Soto y el subteniente A. Velázquez, acudieron á su casa de familia, en su busca, haciendo uso de armas para intimidarlo. La oportuna intervención de varias personas que habitaban en la casa, impidió que el hecho tomara proporciones sangrientas..."

Etcétera.

Libertad, Igualdad y... Dinamita

Comunican de Pernambuco que en el pueblo de Buen Conselho, durante las elecciones en que se debatían las candidaturas del general Dantas Barreto y el señor Rosa E. Silva, á causa de la agria división de los partidos, los partidarios de aquel último lanzaron una bomba de dinamita, resultando 23 muertos.

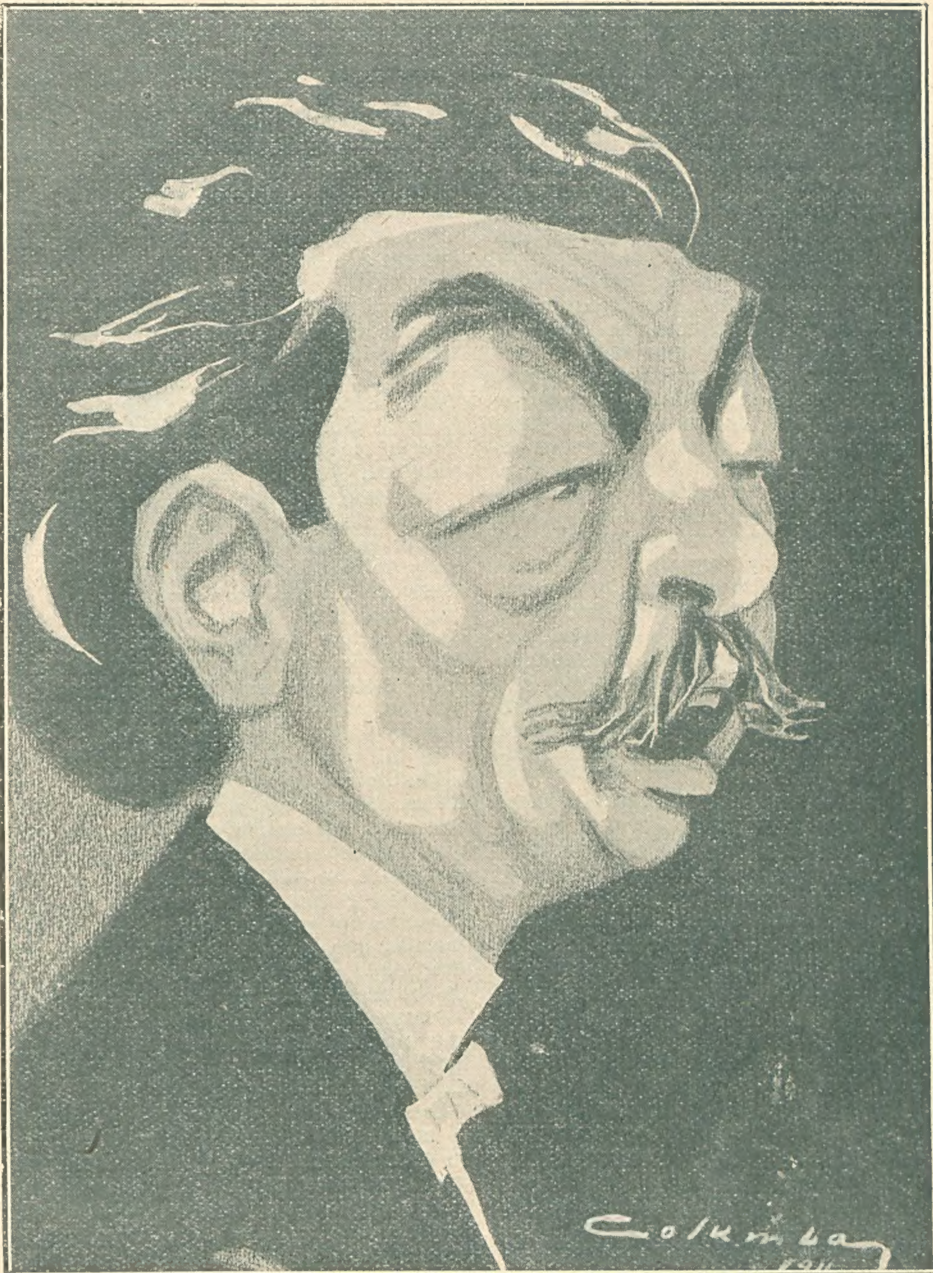
Tenemos, pues, una nueva fórmula republicana, un nuevo sistema electoral, que hasta la fecha no habíamos sospechado.

Pasó la era gloriosa del tala y el trabuco, fórmula anticuada anterior á la sabia invención del algodón pólvora, y que servía puramente para aterrorizar á los timoratos.

Hoy entra en auge la bomba electoral, y es fácil presumir todo el prestigio democrático que asumirá en lo futuro quien disponga de tales modernísimos argumentos de convicción.

¡Y todavía habrá quien sostenga que la democracia es un régimen anticuado!

VISITANTES ILUSTRES



El doctor Braga en la tribuna de la Opera

(Apunte del natural por Columba)

BUENOS AIRES EN 1865

En 1865 se sustituye en Buenos Aires la lámpara de aceite; Mr. Covert introduce el kerosene y las lámparas para utilizarlo, y todo el mundo lo adopta; se empieza la construcción del primer gasómetro: y para los negocios, siempre en aumento, se inicia una costumbre nueva para Buenos Aires: gran número de casas alrededor del cabildo son ocupadas por escritorios; es que se funda la City de las transacciones, siempre en aumento.

En 1865 se tiene también la primera nota característica del progreso: los serenos se declaran en huelga.

La Universidad de Córdoba

La universidad de Córdoba, posee tres facultades; derecho y ciencias sociales, ciencias médicas y ciencias físicas y naturales. Cursan sus estudios 528 alumnos, distribuídos en la forma siguiente:

Derecho.	159
Medicina.	254
Ingeniería.	115
Total. . . .	528

CHARLA FEMENINA

EL VENENO BLANCO

Quizás os sugestione el título de mi charla y penséis, al leerlo, que se ha descubierto algún producto químico perjudicial, no. No se trata de nada material, sino simplemente de un producto venenoso, mortífero, pero que no se vende ni con la aquiescencia del médico ni con el visto bueno del farmacéutico: llámase veneno blanco.

Desde tiempos muy remotos en la infancia de la imprenta, los tipos fueron las notas musicales con que cantó el pensamiento humano sus más bellísimas concepciones; pero después, algunos cerebros quisieron también traducir toda la sombra de su espíritu, toda la maldad de su alma, y aquellos tipos, ennegrecidos con la tinta, obedecieron silenciosos y fueron á estamparse en las blancas páginas llevando á las mentes de los lectores las primeras dudas, las primeras espinas; se vendieron los buenos libros como los malos, y así como quien busca alimento sano, los primeros sorprendidos tuvieron que apartar lo viciado para no mancharse. Allí surgió la primera gota; desde ese tiempo remonta su origen sin que se haya levantado una protesta enérgica ni una mano bastante viril para detener su empuje.

Como los árboles frondosos, sanos, corpulentos, cargados de flores y de frutos, los buenos libros dan al alma toda esa savia vigorosa, nutriéndola, perfumándola y colorándola con sus más vistosas flores; en cambio, los malos libros sólo sirven para deshojar las más delicadas virtudes, emponzoñando al alma y matando las más hermosas esperanzas!

En alarmantes proporciones va avanzando y propagándose, cual un virus mortal, la literatura malsana. Ya no es patrimonio de aquellos desocupados pisaverdes; hoy la leen todos, y la desean y la buscan hasta las niñas, porque hay quienes hacen una profesión en difundirla, infiltrando su veneno fatal, no ya en forma de pócima, sino de ramilletes de flores, madrigales, cuentos y hasta en secciones informativas.

Como se graba en la mente infantil con signos indelebles un acontecimiento que impresiona, así un buen libro leído en la infancia parece que encarrila esa vida, y cada vez que un mal pensamiento se atraviesa y quiere desviarla, el protagonista del libro se aparece con todos sus caracteres salientes, y cual ángel guardián detiene con su recuerdo, quizás, una mano, unos labios y unos pasos.

Si el libro ha de ser el compañero del enfermo, el amigo del anciano, el consuelo del triste y el solaz del joven, con mayor razón debe ser como el árbol bueno y jamás como el malo y ruinoso en cuyo tronco carcomido nadie irá á apoyarse y cuyas ramas secas no brindarán sombra...

Hay libros buenos que han llegado á constituir una epopeya en la historia de un pueblo, algo así como un resurgimiento moral; libros que marcan toda una era; libros que leyeron con deleite nuestros abuelos y que en las largas veladas de invierno saborearon nuestros antepasados; libros cuyos títulos sirvieron hasta para dar nombre á los hijos queridos, como si al hacerlo hubieran deseado que ese nombre les sirviera de amuleto, identificándose con el héroe del libro leído. ¡Cuántos "Pablo y Virginia" "Oscar y Amanda", "Dora", "Gualtiero", etc., sólo fueron personajes perfectos de novela! En cambio no se ha conocido un solo libro malo que marque una época, así como tampoco nadie recordará el ejemplar de alguna madre que llame á su hijo: "Nerón", "Judas", "Pilatos", "Herodías", y tantos otros que fueron modelo de la más refinada perversidad.

La escrupulosidad es la virtud compañera de la selección, y saber seleccionar es poder comparar entre lo bueno y lo malo para aceptar lo mejor y desechar lo que no sirve. Esto es lo que hace falta; somos demasiado negligentes; "por no tomarnos" la molestia de ver, de examinar primero, compramos, leemos y leen nuestros hijos lo que es malo, perjudicial y nocivo, lo que yo llamo el veneno blanco.

A tal punto somos indiferentes que permitimos que bajo el título de "consultas femeninas" siembren ideas malsanas en los corazones de las mujeres que tienen la candidez de consultar cosas que á su debido tiempo llegarían á saberlas, y que son contestadas con tal ausencia de buen criterio y de sana intención, que se ve á la legua que no es una mano de mujer la que escribe ni un corazón femenino el que aconseja.

Acaso las que consultan carecen de una madre ó un padre á quien preguntar? O será, quizás, la novedad del incógnito lo que las seduce?

Fomentar una sección de tal índole es no sólo vergonzoso y poco digno, sino también un cargo de conciencia su intercambio de preguntas y respuestas, puesto que revela refinada malicia en la que escribe é intencionada maldad y suspicacia en el que contesta.

Si existe deseo de saber, ese ha de ser siempre el efluvio de un alma bien puesta, y es sabido que la calidad de las almas se mide por sus anhelos como por sus ideales. Las que tales preguntas hacen carecen de los segundos, y sólo demuestran que la frivolidad es su compañera, que el tiempo les sobra y no saben en qué emplearlo.

Para ésas, tal vez, mi voz de alarma no encuentre eco; pero, para las que con toda la ingenuidad de su alma van á beber en esa fuente peligrosa, para las que todavía no han sentido el efecto del veneno blanco, es preciso que llegue nuestro llamado á fin de que toda su energía femenina, sus sentimientos de mujeres y de madres las haga sentirse altivas, soberbias y orgullosas de saber bastante: de saberse "buenas", que esa es—y ha sido siempre—la mejor sabiduría y la más noble ignorancia!

Carmen S. de Pandolfini.

LA CRIOLLA

Tiene raros resplandores su pupila soñadora
que magnética conquista con la luz de una mirada
y cantando vidalitas con su voz arrobadora,
deja el alma del paisano para siempre subyugada.

Ella arranca con dulzura de las clásicas guitarras
los sedosos bordoneos de argentinos pericones
y es por ella solamente, que en las frentes más bizarras.
lucen anchas cicatricez buriladas con facones.

En las crenchas bien pobladas de su negra cabellera
hacen mudas confidencias las silvestres margaritas,
y en el fondo de sus ojos tropicales, pareciera
que hay latente una promesa de ternuras infinitas.

Es la gloria de las tardes estivales del desierto,
cuando alegre, bajo un palio de florida enredadera,
contemplando el panorama del extenso campo abierto
teje un ramo primoroso para el criollo á quien espera.

En su boca hay un poema de esos cálidos de amores
que se forjan en el alma subyugantes y divinos
y graciosa le modula con arpegios seductores
cuando vierte la palabra de sus labios coralinos.

Cual modelo de una estirpe, por sus rasgos soberanos
los poetas de esta tierra la han cantado con halago
y por eso, es que en la Pampa la idealizan los paisanos
proclamándola orgullosos «la trigueña flor del pago»

E. P. MARONI Y GIUDICE.

ROSAS DE OTOÑO

Yo fuí de los que pasan cantando por la vida,
llevando el pecho en una fulgente primavera,
como esas floraciones de la estación primera
que dan al sol su savia magnífica y florida.

Fuí la Esperanza en marcha, que flota conmovida
del mar de los ensueños por la feliz ribera;
nave de la alta aurora que en el cerebro impera,
corcel que va cruzando la pampa entristecida ....

Yo fuí como esas gentes que al mundo se lanzaron
y en sus gallardas luchas el mundo conquistaron,
perdiendo los trofeos como un amor bisoño.

Y hoy al cantar las penas que el porvenir me augura,
voy ocultando el gesto glacial de mi amargura
con pálidas sonrisas como rosas de otoño....

BÉRTOLI GARAY.

LOS BESOS

Hace ya bastante tiempo
que algunos hombres de ciencia
la costumbre de besarse
quieren que desaparezca,
por ser, como ellos afirman,
una costumbre antihigiénica.
Es verdad, no cabe duda
de que es una cosa expuesta
el que las personas sanas
se besen con las enfermas,
á más de que me parece
una manía muy necia
el utilizar los besos
como cuestión de etiqueta,
porque no es galantería
lo que el besarse demuestra;
pues el beso únicamente
es cariño lo que expresa,
y al recibirle y al darle,
amor lo que manifiesta,
por ser la expresión sublime,
noble, espontánea y sintética,
de una ternura infinita
ó de una pasión inmensa,
ó de las dos cosas juntas,
según los dos que se besan.
Por esta razón, de acuerdo
con esos hombres de ciencia,
sin que ellos me lo aconsejen,
ya he caído yo en la cuenta
de no besar á un chiquillo
si tiene la cara puerca,
ni de besar pies ni manos
más que por carta ó tarjeta;
ni de besar, aunque yo
no tengo malas creencias,
escapularios, ni cruces,
ni santos en las iglesias,
ni el anillo del obispo
aunque el obispo se ofenda.
Mas si no beso á mi madre
porque ya está bajo tierra,
besaré á algunos parientes,
prefiriendo á las parientas,
porque con el bello sexo
hay que tener deferencias....
Y á propósito; si alguno
de esos señores tuviera,
como yo tengo á Dios gracias,
disponible una flamenca,
á quien quiero con locura,
como á mí me quiere ella,
bien formada, buena moza
con la carita morena,
la dentadura muy blanca
y la boca muy risueña,
y los ojazos muy grandes
con las pupilas muy negras,
y le mirase con mimo
muy de cerca, muy de cerca,
apuesto que se olvidaba
de las medidas higiénicas
y se la comia á besos.. ...
¡Pues no había de comérsela!....
¡Que ante una mujer hermosa
el amor vence á la ciencia
y á cualquier hombre científico,
por científico que sea,
los encantos femeniles
le convierten en poeta;
y canta al amor en besos
que es la rima más perfecta,
más fácil y más sublime,
más armoniosa y más bella! ......

DEUSDEDIT.

Bs. Aires; Nov./911.

SU AUTOR FAVORITO



—¡Qué simpático es Casimiro! Es mi autor favorito.

—¿Ha leído usted, algo de él?

—No, pero anoche bailó dos veces seguidas conmigo.

EL CALOR

La brusca llegada del calor cuando, á pesar de hallarnos en plena primavera, todo hacía creer que tendríamos aún necesidad de la ropa de abrigo, ha causado serios trastornos en más de cuatro familias.

—Ché, Agamenona, ¿dónde tengo la ropa interior de verano?

—¿Qué ropa?

—Ya te lo he dicho: la de verano.

—En el fondo del baúl grande tenés el pantalón de "drin" y el saco de lustrina.

—Eso ya lo sé. Te pregunto por la ropa interior: las camisetas y calzoncillos de verano. ¿Dónde están?

—En la tienda.

—¿Cómo?

—¡Claro! ¿No te acordás que el año pasado pasastes todo el verano sin comprar nada?

—¡Es verdad! ¿Y no tengo ninguna camiseta?

—Ninguna. La última que quedaba, una de crepé, la arreglé para el chiquilín.

—¿Y calzoncillos?

—Con los tres que tenías hice camisitas para el nene.

—¿De modo que no tengo nada?

—Nada.

—¡Pues estoy fresco!

—¡Qué más quisieras!

—Tenés razón. Y lo peor es que hasta el mes que viene no voy á poder comprarme nada. Estamos tan atrasados...

—¡Qué le vamos á hacer!...

—¿Y todas las camisetas que tengo son de lana y con doble pechera?

—Todas.

—Pues mirá; si un día de estos oís decir que se ha asado un hombre en la calle, te podés vestir de luto.

—Vamos, Epaminondas, no seas tan exajerado.

—¿Que soy exajerado?

—¡Claro! Abultás las cosas de un modo...

—Las que abultan son las camisetas.

—Pues comprate otras.

—Eso se dice muy fácilmente. Pero del dicho al hecho...

—Hay gran trecho.

—Quince días, que es lo que falta para terminar el mes.

Porque ya habrás observado, querido lector, que cuando el calor ó el frío se nos presentan de sopetón, como ocurre siempre, nunca lo hacen á principios de mes, cuando, el que más y el que menos, podría distraer algunos pesos en renovar la ropa más necesaria.

Tienen el dón de la inoportunidad. Como la mayoría de los gobiernos.

Afortunadamente, los que se hallan en el caso del marido de doña Agamenona, han tenido un gran respiro con el agua que, en abundancia, ha caído estos días sobre este valle de lágrimas y humedades.

El agua trajo un poquito de fresco consolador que, aunque resultó flor de un día,

"que dura sólo lo que dura el lirio,"

permitió el uso de la ropa de invierno é hizo volver á sus respectivas perchas á los sombreros de paja que habían empezado á hacer su aparición.

Lo malo es que, después de tres ó cuatro días de agua y las dos semanas de barro consiguientes, el calor fué mayor que antes, pero ya habíamos salvado las puertas de noviembre y el que más y el que menos tenía en su poder el sueldo de octubre y pudo aligerarse de ropa.

Un amigo mío, muy mal intencionado y bastante alacrán, me aseguraba muy formal que el agua había venido nada más que á derribar las esperanzas de ciertos empresarios y á estropear los Tenorios.

—¡Mire usted — me decía—que empeñarse en servirnos el "Don Juan Tenorio" en pleno año 11!

—Pues hombre — le contesté por decir algo — la obra es bonita y, aunque antigua, tiene su público.

—Tendrá todo lo que usted quiera; pero creo que, por su ancianidad, ha adquirido ya derecho al descanso. Y la prueba de lo que digo está en que hasta los elementos han formulado su protesta. Todo fué iniciarse las representaciones del drama de Zorrilla y empezar á llover.

Por mi parte creo que, aunque mi amigo tiene algo de razón, exajera un poco.

En fin, el caso es que pasaron los Tenorios, pasó la lluvia y se secó el barro... Pero el calor ha quedado más furioso que antes y nos amenaza con un verano insoportable.

Conviene, pues, que se vayan ustedes preparando para sufrirlo con paciencia y refrescos teniendo cuidado de no abusar de éstos, para evitar las dilataciones del estómago.

Y ustedes perdonen que me haya metido en el campo de la medicina, pero con este calor no sabe uno lo que hace ni donde se mete. Pero tengo una disculpa.

Hay quien dice que para meterse en ciertas cosas hace falta frescura.

Y eso es, precisamente, lo que vamos buscando.

Julián J. Bernat.

Del Rosario antiguo

Las comunicaciones se estrechan y se aseguran con correos fijos entre el Rosario y Buenos Aires, Santa Fe y el interior. El 8 de junio de 1854 el gobierno de la Confederación concedió privilegios especiales á una empresa de mensajerías organizada en el Rosario. Hasta entonces los viajes se habían hecho en las lentas carretas de bueyes ó con arrias de mulas, sin regularidad ni fijeza. Las mensajerías nacionales iniciadoras, como se las designó, significaron un progreso extraordinario en celeridad y en comodidades, que parecieron de lujo. Alcanzaron hasta Salta por el norte y hasta las provincias de Cuyo por el oeste. Así vino á converger en el Rosario la red de comunicaciones del interior.

Partían las diligencias de una casa situada en el actual calle 25 de Diciembre, y era el encanto de las buenas gentes, que no conocían otra galera que la respetable y desvencijada del general Oroño, ver correr por las calles polvorientas los carruajes nuevos, alegrados por los cascabeles de las caballerías y las cornetas de los postillones.

De las Mensajerías llamó el pueblo á aquella calle, hasta que se la bautizó con el nombre de 25 de Diciembre.

Costumbre de los negros hotentotes

Los pobres son monógamos y los ricos polígamos. La ceremonia del matrimonio consiste en pedir la novia y hacer una fiesta.

Cuando la mujer llega á la nubilidad, se hace una ceremonia, dándosele un delantal con que cubrirse la parte media delantera del cuerpo, lo que no es por castidad ó pudor, como pudiera creerse, sino todo lo contrario. Antes de casarse, el delantal no tiene adorno alguno; después lo adornan con perlas, cuentas, etc., haciendo suponer que sea con el objeto de llamar la atención á un sitio determinado.

GENTE CONOCIDA

General RAMÓN RUIZ
Jefe del Estado Mayor Gral. del Ejército

Por R. Christello.

En el mercado

El cliente (al vendedor de huevos).—¿Tiene Vd. algunos huevos, de los cuales me garantiza Vd. que no tienen ningún pollito adentro?

El vendedor (al cabo de una corta vacilación). — Sí, señor, huevos de pato.

La del embudo

—Perdone Vd., señor, pero es orden especial de la casa no recibir monedas deterioradas.

—Pero ¿si esta moneda me la dieron Vds. ayer mismo, en un cambio?

—Muy bien, señor, la casa prohibe recibir monedas en mal estado, pero no impide darlas.

El colmo de la economía

—Toda sirvienta debe ser económica, decía una señora á una mucama recién llegada.

—Eso me sucedía á mí, replicó ésta, y sin embargo me despidieron de la casa donde estaba por eso.

—¿Por económica?

—Sí, con mi ropa. Me ponía la de la patrona.

Las escuelas nacionales de la Argentina

Existen en el país más de 1.000 escuelas nacionales, distribuídas así:

Capital.	194
Provincias.	570
Territorios.	280
Total.	1.044

A estas cifras deben agregarse unas 100 escuelas nacionales que se están estableciendo actualmente en las provincias y unas setenta en los territorios nacionales. Las escuelas de la capital, además, tienen horario alterno, y prestan por consiguiente doble servicio.

Una clásica protesta contra el lujo

En el mes de septiembre de 1865 algunos jóvenes argentinos de buen humor fijaron numerosos carteles en las calles de Buenos Aires citando á un mitin en el Retiro para formalizar públicamente el compromiso de no casarse mientras hubiera un lujo tan ruinoso en Buenos Aires: burla semiseria y que dá ya la primera nota de alarma sobre el gran defecto que, después de la sencillez colonial y revolucionaria de la primera mitad del siglo, toma carta de ciudadanía con el bienestar que se acentuara en el país.

LA LUZ ELÉCTRICA Y LOS INCENDIOS

Generalmente se cree que salvo en casos de circuítos cortos, el empleo de las lámparas eléctricas de incandescencia no ofrece ningún peligro de incendio. El calor que irradia la ampolla es, en efecto, relativamente débil, y por otra parte, si se rompe el cristal, el filamento se consume y se extingue instantáneamente.

Pero en realidad, la seguridad de estas lámparas no es tan grande como se supone. En América se ha producido un incendio de gran importancia por efecto de una lámpara de filamento colocada sobre una capa de algodón en rama, en la que se exponían varios objetos de celuloide. Supúsose que el dependiente habría roto la lámpara, y para comprobar la certeza de la hipótesis, se suspendió una bombilla sobre una vedija de algodón bien seco; después se rompió el cristal y el algodón se inflamó en seguida.

EL FRUTO AJENO

Hacía tres años que Mercedes se había casado con Marcelo. Tres años de sonrisas, de bondadosas serenidades, de perfumado idilio, decorando como una palma de armonía el cielo complaciente del hogar. Eran dos caracteres que se complementaban, dos espíritus gemelos; ella, como nacida para servir de ejempo á los panegiristas del matrimonio; él, bueno, delicado, entusiasta de las bellezas de su mujercita, también excepcional espécimen del marido ambicionado, que había llevado á la unión toda la frescura de una juventud sana é inteligente...

¿Qué nube extraña vino á desplegarse de pronto sobre el azul magnífico de aquel horizonte lleno de risueñas esperanzas? Durante los tres años de dicha encantadora y envidiable, Mercedes había concluído por olvidarse de lo que era llorar. ¿Por qué lloraba, entonces, en aquella tarde romática de primavera, bajo la caricia del sol que pintaba en las nubecillas del poniente rosas cálidas de ensueño, como promesas para el porvenir?

Clara, su amiga de los días infantiles, la más íntima y querida, la visitaba esa tarde. Al verla llorar le había interrogado.



¿Qué era lo qué ocurría? ¿No podía confiarle sus secretos á la más íntima de las amigas? Sí; ya le había hecho algunas ligeras anticipaciones al respecto... Una duda traidora... Un cambio inesperado y brusco en la impecable concordia de aquel hogar modelo.

Ahora las cosas se habían definido claramente.

—Tienes serios motivos?

—Sí; óyeme, Clara... Ahora estoy convencida. No es un simple presentimiento, como antes, no. Conozco ya el origen de mi desgracia, y ella es más honda, más inmensa y terrible, cuanto menos soy yo merecedora de que así me maltrate...

—Pero, Mercedes, es necesario...

—No es consuelo lo que te pido, querida.

—Si no existen razones, te digo.

—Eso es lo que sobra.

—Porque tú...

—No; ya sé. Vas á decirme que tenga calma, que estoy en un error, que me dejo obsesionar por una idea, en fin...

—Debes tener serenidad.

—¡Oh, mi buena Clarita! Eres muy buena, sí; pero el velo de tus mimos engañadores, á pesar de bien intencionados, no es bastante para ocultar la fuente de mis aflicciones.

—¿Entónces?

—Tengo las pruebas, ¿sabes?, tengo las pruebas...

—Pero, ¿de qué?

—La realidad, la revelación, querida mía. Marcelo ya no me ama; estoy de ello segura.

—¿Será posible?

—Me lo han robado, Clarita; esta mujer me lo ha robado.

Y trémula, sollozante, puro y ofendido amor que se viste de altivez ante el anacrónico desprecio, Mercedes, agregaba:

—¡Aquí tienes el cuerpo del delito!

Un billete lacónico pero severísimo, que envolvía un exhorto y era, sin embargo, una exigencia, escrito, á juzgar por la inseguridad de los trazos, con un pulso de fiebre, constituía la revelación... Amalia... Amalia, se llamaba la intrusa.

—¿Entiendes ahora? ¿Dónde puede estar Marcelo, sino junto á esa indigna?

Tal era la verdad. Palabras demasiado categóricas encerraba el papel, para que un solo átomo de duda cupiera todavía. Luego, aquella brusca desaparición de Marcelo, mudo, sin ofrecer tampoco una disculpa, como quien va tras del crimen ó lo lleva consigo...

—¡Ah, suerte ingrata! — repetía Mercedes, sollozando.

—No llores...

—Cuatro días sin verle... ¡Quién le hubiera creído!

No obstante, situación tan vidriosa debía de tener su fin. Mercedes, respondiendo á un lógico impulso de indignación, había tenido un arranque, mandando llamar á la madre de Marcelo. ¿Qué hacer? Le había contado todo, todo lo que hasta aquel momento silenciara con estoicismo difícil de encontrarse en una mujer de idénticos rasgos psicológicos. A ella le haría caso; era su madre, y él la adoraba con ciega adoración...

Dolorida y suspensa dejó la anciana el mensaje de tan inexplicable actitud. Más valiera no haberle hecho tomar cartas en el asunto. Al fin y al cabo...

—¡Mi hijo, tan bueno! ¿Será posible? — había repetido después.

¡Qué extraña pena le causaba aquéllo! Y así fué cómo la anciana, disimulando al mismo tiempo su dolor y su vergüenza, habíase lanzado en busca de su hijo.

Mercedes tenía gran fe en la influencia que doña Rosario ejercía sobre la voluntad de su Marcelo. ¡Hablaban de tal manera los ojos de la viejecita!... Sí; á buen seguro que ella no tornaría á casa, como no fuese para vindicar resueltamente y en el acto los derechos de la esposa ante el ultraje, restituyendo al hogar la presencia de aquel hijo extraviado, de aquel compañero infiel, que en tan poco aprecio tenía la honra de sus mayores y el corazón de una mujer amante hasta lo increíble. Era en absoluto necesario definir favorablemente aquella situación, en nombre de la honestidad herida, y, sobre todo, en nombre del amor, que, parecido á un niño avergonzado, sufría en el pecho de Mercedes, ocultando con sus manecitas temerosas su rostro fresco y joven como un lirio del valle.

———

Clarita, al saber que doña Rosario volvería de un momento á otro, y acaso con Marcelo, expresó sus deseos de marcharse; pues las escenas íntimas no son para sabidas ó escuchadas por las gentes de fuera, y ella había sufrido, además, delante de aquel conflicto interior, del que tanto anhelaba ver en salvo cuanto antes á su amiga.

Despidiéronse, entonces, prometiendo entre beso y abrazo, volver á verse muy pronto, y Mercedes tornó á debatirse entre las sacudidas de su acerba inquietud.

Esperaba impacientemente el regreso de la madre de Marcelo, y la ansiedad dominante, recorriendo como una ola todo su organismo, vibraba en sus arterias bajo el ímpetu de la sangre juvenil y ardorosa.

———

Con la última sonrisa del crepúsculo, una nube como un ave de paso, había florecido en lluvia rápida, y estrellas tempraneras quebrábanse ya en el azul cuando entró doña Rosario al gabinete donde aún permanecía en solitarios abatimientos la desolada Mercedes.

Nunca más instantánea y vibrante prodújose una transición del ánimo. Actitud meditativa, con aires de pacífico cansancio cuyo origen se establecía en el choque de pensamientos y sensaciones múltiples, trocándose de pronto, como al conjuro de mágica varilla, en explosión de líricos arrebatos conductores de una desazón sin límites... Cuerda sufriente del amor. Era grande, era íntegro el amor, herido allí en el fondo de aquella almita ingenua, con candideces de colegiala.

—¡Al fin, madre querida!

Rodeó con sus brazos el cuello de la anciana, que acababa de entrar, y se explayó en un diluvio de preguntas:

—¿Viene? ¿Lo ha visto usted? ¿Por qué se ha marchado? ¿Cuándo, cuándo volverá? ¡Hable, por Dios, madre mía! ¡Líbreme de este suplicio!... Que me ahogo... ¡No puedo más!

¿Cómo en semejante angustia desenvolverse? Dura, muy sombría presentábase la respuesta. Doña Rosario, venerable y clásico ejemplar de esas matronas estrictas, que parecen sobrevivirse como celosos y enorgullecidos guardianes del honor de una estirpe, no se atrevía á articular palabra. También para ella el golpe había sido tan hondo como inesperado. Cuanto más pensara en ello, más vendría á ponerse de relieve la gravedad del trance. El proceder de Marcelo no tenía, desde luego, justificación, é imposible hallar medio de explicarse aquella conducta anómala, que afectaba profundamente su conciencia de madre, palpitando con reflejos hostiles sobre el mármol de un puritanismo patriarcal y severo.

—Calma, hija mía, calma... ¿Crees tú que yo no sufro? — arguyó doña Rosario, tratando de disipar las ansias febricitantes que advertía en Mercedes.

Y continuó:

—Lo he visto, sí. He hablado largamente con él. Me aseguró que volvería...

—¡Madre!

—Sí; pero con la condición de que...

—¡Hable, hable usted! ¿Qué es lo que ha dicho? ¿Acaso alguna vez me opuse yo á su voluntad?

—No, no es eso.

—¿Qué exige de mí? ¿Qué impone? No me oculte usted nada... ¡Estoy dispuesto á todo por él!

—¿A todo?

—Sí; madre mía, á todo, con tal de verle á mi lado.

Entonces fué la sorpresa. Doña Rosario habló, pero ya decidida, sin cortapisas ni eufemismos, como el momento lo requería. Y el dogal de sus frases torturadoras ahogó en Mercedes toda impaciencia, abriendo la cascada de aquel suplicar vehemente con un desgarramiento de sollozos...

No era á una simple y transitoria infidelidad á lo que la cuestión se reducía. No. El caso era más serio, más injustificable, más vergonzoso que lo que se pudiera imaginar. Decididamente, Marcelo no estaba en sus cabales. ¿Cómo pudo alucinarle los sentidos el falso afecto de aquella oculta adventicia sin dignidad ni conciencia? ¿Qué secretas influencias habían operado en él, para impulsarle por tan innoble sendero?

—¡Todo, quiero saberlo todo! — suplicaba Mercedes.

La anciana se expresó hasta el final:

—Producto de la cita á obscuras, del amor en la sombra, Marcelo...

—¿Qué?

Aquí, doña Rosario tuvo un lapso de indecisa emoción.

—¡Marcelo, querida mía, tiene un hijo... con aquella mujer!

———

Fué todo un exabrupto para doña Rosario el modo indecible y rotundo con que Mercedes se irguió, latigueando las proposiciones de Marcelo en la actitud augusta de una negativa pronunciada con tono inquebrantable.

—¡Imposible, señora! Dígale usted que eso es bochornoso, que yo no puedo consentir en ello.

—Hay que ser tolerante...

—¡Nunca!... El sacrificio de mis alegrías, de mi orgullo, de mi egoísmo de mujer que ama, sea. Pero jamás el sacrificio de mi dignidad.

Sin embargo, no quedaba otro remedio. El ya lo había dicho, mientras su madre le recriminaba:

—Mi amor ha sido siempre de Mercedes. Desde que á ella me uní — tú bien lo sabes, madre mía — tener un hijo fué mi ensueño desvelador y constante. En poseerlo cifré todas mis varoniles ambiciones, puse todas mis ansias... Lo esperaba como se espera la suprema dicha... Transcurrieron dos años... y nada. La impaciencia y el anhelo infértil, me hicieron otro hombre... Dudé... Tuve recelos... ¡Nó sé qué pesadilla bárbara me trastornaba el espíritu!... Después obré en esta forma... Busqué en otra mujer lo que tanto ambicionaba... Hoy, por fin, tengo el hijo... pero Mercedes no debe estar celosa... La madre del niño ha muerto al darle á luz... ¿Quién, mejor que Mercedes, podría cuidar al huerfanito? ¿Quién, con más aptitudes, substituiría á la muerta?

—¡Ah, Marcelo, Marcelo!...

—Sí, madre mía, — había terminado él — que sea buena, que sea generosa... Debe admitir al niño... ¿Quién sabe lo que mi hijo puede ser? Acostumbrémonos á respetar los gérmenes del porvenir, donde quiera que se siembren, donde quiera que surjan... Acaso os parezca una aberración, una cruel exigencia, una inmoralidad tal vez... Pero, yo así lo entiendo... Debe de admitir al niño...

—¡Oh, tus extrañas teorías, Marcelo! — había dicho la virtuosa anciana, sin alcanzar á comprender.

———

Los jóvenes esposos, cada cual defendiendo su pensar y sentir, habíanse convertido en dos originales teorizantes. Una semana casi permanecieron cruzándose réplicas y afirmaciones, siendo doña Rosario la activa y meticulosa encargada de traer y llevar los mensajes.

Pero las capitulaciones hacíanse inminentes, y como era natural, una de ellas se determinó bien pronto: la de la mujer.

El amor pudo en Mercedes mucho más que ningún otro arraigado sentimiento puesto al servicio de la respetable moral ambiente, y de no ocurrir así, la separación hubiera sido forzosa.

Aún cuando fuese con un poco de frialdad al principio, la gentil esposa abrió los brazos á aquel niño que era algo así como un fruto del cercado ajeno. Y aquel niño huérfano, desde ese mismo instante, por obra y gracia del amor, eterno milagroso, volvía á tener madre...

José de Maturana.

Bs. As. Nov. 1911.

DIALOGUITOS

—Mire que e'uté cómodo, ¿no?-.. ¡Y luego que jacen unos diario tan chico que cuando lo le uno, paece que lo tuvieran de le toodos!

—¡Qué dice, don'Incomodiá!... ¿Porque no si alquila un asiento pa todo el viaje? ¡Tá güeno, con la vieja!

—Viejo será uté, so gordo hinchao. ¡Que yo tengo cuarentíuno y hay toavía quien me quier' en er mundo!

—Ust' es una vieja gruñona com' un gramofón sin cuerda. Y no tenga pretenciones, porque yo, con el antiojo encima e' la nariz, soy más buen mozo qui usté.

—Cayese uté, viejo torcío, que ni p'asustá criaturas... ¿Y porqué no si arri-



ma uté contra le ventania, vamo ja vé? ¡Mi ha tomao uté po un atao e'ropa sucia?

—Eso es p'hacerse la interesante y pa que los pasajeros digan que mi ha mariao, pero á mí, ¡ni el ajenco, ¿sabe?, que yo, cuando me recuesto, será porqu' encuentro duro. ¡Que no se diga qui una vieja mamarracho de cuarentiún año tiene tantas pretenciones! ¡Vay' hombre!

—¡Ya se quisiera uté, viejo chocho! Qui á uté lo que le sobra é la labia ¡so delengüao! ¿Aonde ha vito uté insurtá e'manera tan soé á una dama? ¡So delengüao, so güarangote!

—¿Y pa qué mi hace cocos, si es tan vieja? ¿No vé, si ya mi ha hecho perder la noticia el diario!

—¡Y la vergüenza, que no la tiee!

—¿Qué le pasa, señora?

—Que mi he sentao con desgracia y ete señó cargao di años no tiee delicaeza con la mujerse y é más mal hablao que un pequeño mal criao.

—No li haga caso, guarda, qu'es una vieja sin dientes...

—¿Ha visto uté? ¡Bonita cosa!

—Yo no sé nada, señora...

—¡Que me viene incomodando ete señó mal educao con su diario, que ojolá le sirviera e'mortaja, y que me lo mete por los sojos y que se me pon'encima y mi estruja con su gordura ¡y me insurta y me yama vieja!

—Porque lu és... ¡y bien mamarracho! ¡Aista'! Yu he pagao mi boleto y el banco es chico y no me vi'á comprimir pa que la señora baile un gato zapatiao arriba d'el.

—Ahí tiene otro asiento, señora, Ahí tiene otro asiento. No se peleen, vaya.

—¿Le dá uté la razón? ¿Tiee uté valor?

—Quiero evitarle el dijusto. Siéntese usté aquí, vaya.

—Pues, ná, que no me muevo. Yame uté ar vigilante, qu'esto é inmoral e'incorreto.

—Pues yo tampoco me vi' á mover, ¡pa que vea!

—Yame uté ar vigilante, ar oficiá, ar comisario. ¿No lo yama uté? ¡Pues me bajo á buscarlo!

—Vaya, hombre. ¡Por fin! Aura si qu'estoy cómodo...

—¡Verá uté si me hayo justicia! Verá uté...

—¡Cuidao, guarda, no se le vay' á cair del pescant' ese mueble viejo!

—Verá uté. Verá uté. ¡Pare ut'el coche!

—¡Cha, digo, con l'andaluza!

Cruz Orellana.

QUID PRO QUO

A Europa fué remitido este telegrama:

"Lasseyte Piaget en proceso. Graves acusaciones".

Publicado el despacho, el representante en esta capital del aceite Puget recibió y leyó con estupor el siguiente telegrama:

"Comunique urgentemente detalles. Diarios aquí notician graves acusaciones nuestra marca".

La mujer barbuda del porvenir

Mr. Brandt, profesor danés, calcula que con el tiempo será cosa corriente la mujer con barbas.

Las mujeres barbudas que se ven hoy, no son sino precursoras de la raza futura, y el profesor saca la conclusión de que cuanto más masculina se vaya haciendo la mujer en sus costumbres, más lo será en su aspecto. Mr. Brandt no cree que la barba en las mujeres llegue á ser una característica del sexo hasta dentro de un par de siglos. Sus investigaciones le han demostrado que el número de mujeres con bozo aumenta con lentitud, pero continuamente.

UN PULGAR FAMOSO

El doctor Metzger, que acaba de celebrar su septuagésimo aniversario en Dombourg, donde vive retirado desde hace algunos años, debe la fama universal que goza al dedo pulgar de la mano derecha.

Muy reputado como amasador y especialista en afecciones intestinales, el doctor Metzger asistió á muchos reyes de Europa. La emperatriz Eugenia, el kaiser, el rey Leopoldo de Bélgica, casi todos los soberanos y príncipes reinantes de Alemania, y el príncipe de los Países Bajos, tuvieron que recurrir en alguna ocasión á sus servicios, y se dejaron amasar el abdomen por el célebre especialista.

Carmen Sylva, la reina de Rumania, se curó con el tratamiento del doctor Metzger, y el rey de Suecia, que fué á Amsterdam con muletas, regresó á su país por su pie, dejando las muletas á su salvador como trofeo.

El doctor Metzger no pasó á nadie la cuenta de sus servicios, y hoy está rico.

TIEMPOS IDOS...

Como se guarda en el fondo de un cofre la reliquia sentimental que nos evoca una de nuestras páginas de amor, guardo yo en mi corazón el perfume del recuerdo tuyo. ¡Y... nada más que el recuerdo, sublimizado por la poesía del tiempo, ya que eso es lo único que la adversidad no nos arrebata al desbaratar nuestras ilusiones!

Ante todo soy artista y no puedo dejar de amar el recuerdo de mis amores.

La verdad es que, aquel monumento de esperanzas erigido por nuestros inexpertos corazones en aras del porvenir, al que creímos tan sólido é indestructible, no pudo resultar más deleznable.

Bastó una simple ráfaga de la realidad para derrumbarlo todo. Pero, una derrota más ó un laurel menos, qué importa... Así vamos construyendo nuestro edificio de la experiencia, á fuerza de desengaños y desazones. Y no deja de ser consolador para un espíritu emocional y reflexivo, el haber sorprendido tras de los días de sol de la tristeza y en el fondo de todos los fracasos, los enigmas morales de la vida.

Hoy que los nuevos horizontes de la existencia han metamorfoseado el panorama todo del espíritu, embellecido por el arrebol de nuevas ilusiones, nuevos amores, nuevas esperanzas... hoy, mi vieja amiga, comprendo que el cielo del corazón cada minuto cambia bajo la fuerza renovadora de las emociones, y que los sexos están sujetos á la misma ley, ley destructora de todos los idealismos sin consistencia: ley de la variación; y en suma, que de la inconsecuencia tuya, no eres la responsable, sino... acaso la víctima.

*

Eramos dos almas contradictorias como dos versos en disonancia, sin conjunción posible: por eso nuestro idilio fué una estrofa trunca.

¿Qué nos queda de él fuera del recuerdo de dos fechas antagónicas? Apenas un girón de ideal que perfuma aún de nostalgia nuestro pecho; la lírica remembranza de las dos escenas culminantes: la primera y la última, que representan el nacimiento y la muerte de una quimera.

Hoy que nuestro rumbo se ha definido, siempre por opuesta senda, déjame que exhume el cadáver de aquella dulce ilusión y haga revivir con sus detalles principales aquellas dos escenas memorables.

*

Nos hallábamos frente á la muerte. ¿Te acuerdas, mi bella amiga?

El luto y la desesperación de aquel hogar amigo, ensombrecía las almas; ensombrecíalo todo á nuestro alrededor.

No era el más á propósito para despertar al ensueño nuestros corazones, aquel escenario fúnebre con muchas mujeres llorosas y un cadáver en el medio, recordándonos el triste, fatal epílogo de las cosas.

Sin embargo, latía en nosotros un principio vital completamente opuesto al amargo sentimentalismo que enlutaba las almas á nuestro alrededor.

¡Eramos el amor y la esperanza ante la desolación y las lágrimas: éramos la juventud, la soberanía de la vida, frente á la triste soberanía de la muerte!

No fué un crimen, no, echarnos á soñar aquella noche funeraria, tejiendo sobre su ataud nuestra corona de amantes. No quisimos hacer al corazón hipócrita, eso fué todo; por ello lo dejamos desbordarse en la franca expansión del sentimiento hasta embriagarnos de amor y de ventura...

¡Tú que eres sugestiva y adorable como una diosa, aquella madrugada resplandecías como un astro!

Y observé, al darte aquel beso hurtado que motivó tu huida de entre mis brazos, tal una ninfa acometida por un fauno, ¡cómo se operaba sobre nuestras cabezas un gran milagro: los colores de tus mejillas habían teñido el cielo de aurora!

*

Algún tiempo después, todo concluía con un epílogo de lágrimas de tu parte y una extrangulante angustia, de la mía Y todo ello, ante la fresca hilaridad de las mismas personas que nos rodearan la primera vez, pero en circunstancias emocionales muy diversas, por cierto.

Fué en un pic-nic de familia. Ese día, ellos estaban de fiesta. Nosotros... ¡estuvimos de duelo!

Julio R. Barcos.

LAS MANCHAS DE SANGRE

—Cuénteme alguna otra de sus brillantes aventuras, le dije á Capodano, una noche en que, contra su costumbre, me había invitado á tomar algo en la Castellana.

—Pero, amigo Mac Anapura, ¿de qué me sirve contarle nada, si al fin y al cabo, usted sólo lo utiliza para ridiculizarme, haciendo resaltar pequeños incidentes, que por la forma en que usted los publica, aparecen á los ojos del público como fracasos, cuando no son tales, sino eslabones de la cadena que conduce necesariamente al esclarecimiento de los crímenes más nebulosos? ¡Bien distinto de lo que les sucede á mis queridos colegas Sherlock Holmes, Lupin, Nick-Carter, Lord Lister, Peter Ruff, etc., que han tenido la suerte de encontrar por cronistas, hombres dispuestos á hacer abstracción de pequeños detalles y hacer resaltar sobre todo, aún recurriendo para ello á artificios más ó menos verosímiles, la lógica incontestable de sus biografiados!

—¡Déjese de cosas, amigo, yo me limito á ser un cronista imparcial y el público sabe apreciar en lo que valen, mis pobres palabras y sus grandes talentos!

—No lo crea, doctor, el público jamás sabe apreciar el mérito de una persona, mientras su nombre permanece desconocido, mientras no se lo hagan entrar en su cabeza á son de bombo y platillos, como se ha hecho con los grandes detectives de la época, que al fin y al cabo no son más grandes que yo.

—Está muy filosófico, Capodano. ¿Le ha sucedido algo de particular?

—Sí y no...

—Esto no es contestar.

—Si me interrumpe, callo.

—No tenga cuidado, prosiga, le dije.

—Pues verá, me ha sucedido algo muy curioso por una parte y que no tiene nada de particular, después de las aventuras que usted ha publicado hasta la fecha.

—¿...?

—Pues, si señor, como sabe... Verá, perdone un momento... ¡Mozo, traiga una docena de sandwiches!... Como sabe, decía, estoy ahora ocupadísimo en resolver el arduo misterio de los rastros de sangre en Palermo. No tengo un momento libre y me veo obligado á permanecer por las noches en el centro, renunciando á mi apacible vida de Lomas.

—¿Y cómo está el asunto?

—Muy adelantado, amigo, y esta aventura de hoy es un paso que me permitirá llegar pronto á la meta y cubrirme de gloria. Ya le contaré todos los detalles oportunamente, para que pueda escribir en Mundo Argentino algo así como la apoteósis de mi vida detectivesca. Pero, volvamos ahora á nuestro asunto.

Y mientras devoraba con avidez los sandwiches que nos habían servido, ayudándose con frecuentes libaciones de cerveza, continuó así su historia:

—Esta última noche, después de una tarde muy accidentada, me retiré al hotel de X para descansar. Era ya la una de la madrugada y todas las habitaciones estaban ocupadas. No tuve más remedio, pues, que resignarme á dormir en una pieza de á dos. Como usted sabe, es un hotel de pocas pretensiones, en que acostumbran á apagar la electricidad á media noche, de manera que tuve que meterme en la cama á obscuras. Sin embargo, como nunca puedo acostarme sin fumar mi toscano, prendí un fósforo y á su luz pude ver la cara de mi compañero. Era un hombre joven, completamente afeitado de cara y con un gran lunar en la mejilla izquierda. Le doy todos estos detalles, pues conviene que los tenga presentes para poder ayudarme en la pesquisa.

—Pero, ¿qué relación tiene este hombre con los rastros de sangre?

—No se precipite, doctor, su lógica no es muy fuerte que digamos, y es necesario que yo le inicie primero en todos los detalles para que usted pueda juzgar.

—Bueno, tomo nota de todos los que me ha dado hasta ahora.

—Al poco rato de acostarme, logré conciliar el sueño. No sé cuanto tiempo dormiría, pues tenía mi reloj en casa del relojero; pero desperté sobresaltado. Experimentaba una sensación extraña en todo mi cuerpo. Algo así como si me pincharan con diminutos alfileres. Inmediatamente me dí cuenta de lo que sucedía y tomé una resolución instantánea. Lo que yo experimentaba, no podía ser otra cosa que los efectos de un narcótico y el único que podía tener interés en suministrármelo era el autor del crimen de Palermo. Ahora bien, aún con su escasa lógica, usted mismo deducirá que no habiendo otra persona en la habitación que el joven del lunar en la mejilla, él era el autor de mi narcotización y por ende el criminal.

He aquí como una casualidad feliz me ponía al alcance de mis anhelos.

Mi resolución fué permanecer quedo y simular que continuaba durmiendo.

Capodano bebió un sorbo de cerveza, y luego, continuó:

—Al poco rato, oí en la habitación un ruido inusitado, golpes continuos en las paredes, dados con algo parecido á un zapato; puñaladas á la cama de mi vecino; una lucha terrible y desigual. Yo continuaba inmóvil; esperando el desarrollo de los acontecimientos con la cabeza oculta debajo de las sábanas. Mis sensaciones desagradables continuaban. Media hora después, otro hombre entró en la habitación y le dijo á mi compañero:

—¡No he podido acabar con ellos!

—¡Ni yo!, repuso mi vecino. ¡Vámonos!

—¡A tu compañero tampoco le van á dejar vivo!, repuso el primero con voz burlona, mientras salían juntos.

Entonces, comprendí claramente lo que sucedía: lo de Palermo no era un crimen aislado; era el acto de una banda de criminales horribles. Salté de la cama, me vestí precipitadamente, miré la de mi vecino, á la luz de un fósforo, y estaba cubierta de pequeñas manchitas de sangre. La pared estaba también llena de diminutas salpicaduras. Corrí al encuentro del patrón del hotel, le expuse brevemente el caso y subimos juntos á la habitación que yo había ocupado.

Al ver aquellas manchas de sangre el hombre, en lugar de horrorizarse, lanzó una carcajada estrepitosa.

—No se ría, amigo, le dije, sepa primero que yo soy Capodano, el gran detective lomense.

—¡Aah!, aulló riendo el desvergonzado!

Yo salí inmediatamente de aquel antro del crimen y me lancé á la calle en persecución de los criminales. Hasta ahora, no he podido encontrar rastro alguno de ellos; pero, con la filiación que tengo, no me será difícil darles caza y entregarlos á la acción de la justicia.

—Qué suerte tiene, amigo!

—No tanta como se figura; con la precipitación de mi salida, olvidé mi plata en el hotel y ahora no tengo ni medio para pagar lo que hemos tomado.

—No se preocupe por ello; su historia bien vale el peso y medio que va á costarme.

Nos levantamos y cuando estábamos á la altura de Chacabuco, mi amigo me apretó convulsivamente el brazo.

—¿Ve aquel señor afeitado, ve?, dijo.

—Si ¿qué tiene de particular?

—¡Aquel es!

—¿Quién?

—¡El asesino de esta noche! ¡El autor del crimen de Palermo!

—¡Pero, si es mi amigo Carrasco!

En efecto, Carrasco, se dirigió hacia nosotros con cara sonriente en la que se veían á las claras los efectos del insomnio.

—¿Cómo te va, Mac Anapura?

—Bien, ¿y vos, ché?

—¡Mal, amigo, mal!, ¡no he podido pegar los ojos en toda la noche!

—¿Cómo ha sido esto?

—Figúrate que anoche anduvimos de farra con Rogelio y como habíamos olvidado la llave de casa, se nos ocurrió ir á descansar en el hotel de X. Cuando recién acababa de conciliar el sueño, entró en mi habitación un atorrante á quien le dió por roncar como una locomotora. Ha sido una noche de lucha continua.

—¿De veras?

—Sí, hombre, sí, á las cuatro de la mañana Rogelio y yo tuvimos que marcharnos precipitadamente, ¡aquello estaba lleno de chinches!

Mac Anapura.

LA HOJA DE PARRA



—Mirá, abuelita, lo que encontré en la biblia... Quizá haya sido la de Eva.

¿TRÍPOLI?... ¿TRÍPOLI?

He aquí la pregunta que mentalmente se hacía la otra noche un señor barrigudo mientras leía los telegramas de "La Prensa".

—¿Trípoli?... ¿Trípoli? — decía el señor levantando la vista por encima de sus anteojos como si buscase la contestación en el techo del café.—¿Dónde estará esto de Trípoli?...

Mientras la bolsa está tranquila, mientras se habla de tratados y de actas y de negociaciones diplomáticas, parece que no nos interesa saber dónde están situados los pueblos que están situados en alguna parte; pero en cuanto vemos que la cosa va de veras, que las naciones se han dicho el "ultimatum" (léase el "nombre del cerdo"), que la ruptura de relaciones es un hecho y que aquí ó allí, por fas ó nefas, ya han comenzado á zarandearse de lo lindo, entonces todas nuestras ansias se concentran en saber la situación geográfica de los estados beligerantes, todos nuestros deseos son conocer el teatro de la guerra y venga consultar enciclopedias, Baedeckers, etc.

—¿Trípoli?... ¿Trípoli? — se preguntaba la gente los primeros días.—Esto debe estar bastante lejos de aquí...

—¡Uf! ¡ya lo creo!—contesta algún vivo.—Yo he llegado hasta San Fernando y no lo conozco.

Pero pronto por los periódicos, que llevan planos y mapas y estadísticas, sabemos que Trípoli es un punto del Africa, de cara al Mediterráneo, que la mayor parte de su extensión la ocupa el desierto, y que su núcleo de población no llega mucho más allá de un millón de habitantes. Y por los cines, que reproducen sus costumbres, llegamos á conocer su vida y á saber que la Tripolitania es tierra de camellos, de porotos finos, de azufre, de gente morocha y no muchas cosas más.

Mas para llegar á saber todo esto, á la mayoría de los señores barrigudos que pasan su vida en los cafés, les es preciso que dos naciones se hayan declarado la guerra y que peligre la vida de muchos millares de hombres.

Las guerras podrían llevar por lema el clásico "instruir deleitando". A los impulsivos los "deleita", á los demás los "instruye".

Bienvenidas sean, pues, las guerras, que nos apasionan hasta el punto de incitarnos al estudio. Todo lo que se pierde en hombres y dinero se gana en geografía.

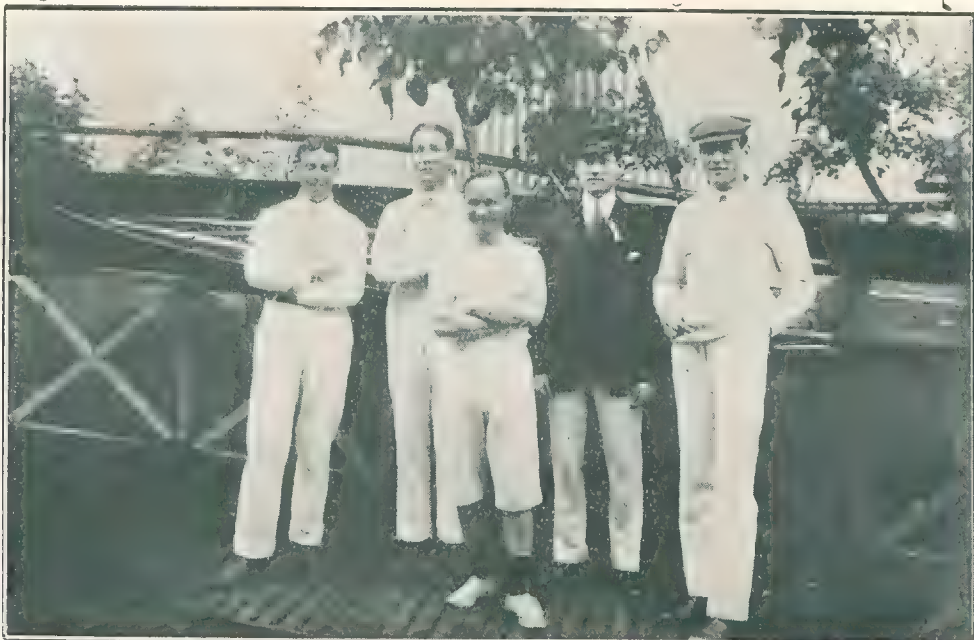
Dejemos que esto de los turcos é italianos se prolongue un poco, y ya verán como la topografía de Trípoli y la de las tierras balkánicas, se hacen en cuatro días tan populares entre nosotros como el andaluz del carrito en la avenida.

Precio del ejemplar de
MUNDO ARGENTINO
10 CENTAVOS
En toda la REPÚBLICA

Regatas Internacionales. — La fiesta del sábado en el Tigre



Bote del «Almirante Brown», vencedor en la regata para embarcaciones de buques de guerra



Team de «La Marina», ganador del premio «Estímulo»



Team ganador de la primera carrera, premio Ferro C. C. Argentino



Team del «Tigre Boat Club», ganador del premio «La Marina»

El gran premio Carlos Pellegrini en el Hipódromo Argentino



La tribuna de los socios en el momento de correrse el gran premio, ganado por Mouchette. — En círculo, llegada del presidente de la república con su señora

El escándalo de Zárate.— Proceso criminal que será célebre



Teniente cura Lasseyte, enjuiciado por graves acusaciones, hecho de que nos ocupamos en otro lugar.



El cura párroco de Zárate, Piaget, cuya cesantía á pedido el vecindario de Zárate.



El comisario sumariante, señor Francisco J. Donati y el oficial inspector Sr. Díaz, instruyendo el sumario.



El director del diario de Zárate «El Debate», señor Domingo G. Otamendi, que ha contribuido en grado eminente al enjuiciamiento de Lasseyte.



Oficial inspector señor Ventura B. Díaz que capturó á Lasseyte en una peluquería.



Comisario sumariante, señor Donati, oficiales señor Díaz, y Carlos Suárez, escribientes, sargento y agentes que intervinieron en la prisión y el proceso.



El intendente, señor Guerchi, el señor Díaz y el comandante Games, dirigiéndose á la comisaría.



La comisión directiva de la sociedad «Libre Pensamiento», que formó á la cabeza del primer mitin de protesta realizado en Zárate.



Frente del colegio de la Sagrada Familia, donde actuaba como confesor el teniente cura Lasseyte.



Una de las muchas niñas cuyas gravísimas declaraciones figuran en el proceso.



Una familia en la cual figuran tres niñas (X) de las numerosas que aparecen en el sumario.



La iglesia parroquial de Zárate.



La peluquería donde Lasseyte fué detenido por el oficial Díaz, en momentos en que se hacía afeitar.



La pieza (X) que habitaba el teniente cura Lasseyte.



Puerta de la celda dónde Lasseyte estuvo preso en Zárate.



Lasseyte, incomunicado en su celda, meditando......

El escándalo de Zárate.—Proceso criminal que será célebre

Una parte de la imponente manifestación realizada el domingo último en Zárate, en demanda de justicia por los delitos del ex teniente cura Lasseyte

Demostraciones



Banquete de la colectividad lusitana en honor del diputado portugués Dr. Alejandro Braga, en el local de la sociedad «Operai Italiani»



Banquete en lo de Blas Mango con que los compañeros de armas del capitán D. Guillermo Scott Brown lo obsequiaron festejando su ascenso

En el cuartel del Escuadrón de Seguridad



Los generales Rufino Ortega, Dellepiane y Fraga, los Dres. Sorondo, Piñeyro, diputados y demás invitados á la fiesta que ofreció el coronel Juan M. Picabea, en el cuartel de Palermo

Fiesta en honor del Dr. Viale



El Dr. Viale, secretario de policía de la capital, leyendo el discurso de despedida con motivo de su renuncia de dicho cargo, en la fiesta celebrada en su honor en el cuartel de bomberos

Nuestros marinos



La oficialidad del crucero «9 de Julio», que parte para el Brasil en representación de la Argentina con motivo de las fiestas nacionales de la vecina república. — Fotografía tomada para Mundo Argentino en el apostadero de Río Santiago.

Drama pasional en Dolores



Señorita maestra Elvira Tagniano, muerta por su novio Carmelo Morra, quien se suicidó en seguida

Artistas argentinos



DIONISIO V. HARRINGTON
Celebrado violinista argentino

De Bahía Blanca



Concurrentes al pic-nic celebrado en el Prado Español en honor de los nuevos escribanos señores Campagna, Godoy y Giménez



Un grupo de concurrentes presenciando el concurso de tiro á la paloma

El football en la Argentina



J. BELLO
San Isidro A. C.

C. H. WHALEY
Belgrano A. C.

A. R. MEIRA
San Isidro A. C.

De Casilda



Team Estudiantes 2a. que jugó con Ferrocarrileros 2a. ganando por 2 á 1



Team de Ferrocarrileros 2a. que jugó con Estudiantes 2a.

De Saladas. – Homenaje póstumo



Cuadro alegórico formado por las niñas de la escuela de Saladas (Corrientes) en el acto de descubrir el retrato al óleo del senador doctor Manuel F. Mantilla, en el segundo aniversario de su fallecimiento. El retrato fué costeado por suscripción popular.

SPORTS



La carencia de referees competentes.—Causas y efectos.—El incidente de la final de la Copa de Honor.

Mucho se ha escrito y hablado, y mucho se escribirá y hablará aún, sobre el importante asunto de la carencia de referees competentes, antes que se llegue á una solución conveniente que ponga término, una vez por todas, á los numerosos incidentes que se promueven casi á diario por la actuación de los que hoy dirigen los partidos.

Podemos contar en la punta de los dedos los referees que puedan clasificarse de primera clase por su competencia; Alfano, Bergalli y Gondra constituyen el terceto que á ese rango corresponde. Luego hay otros, igualmente competentes, como José Susán, Reyña, Feitis, Clydesdale, Bernasconi y algunos pocos más, cuyos nombres escapan á nuestra memoria, pero que por una causa ú otra, no son "personas gratas" para ciertos clubs y... ¡paré de contar! Ya Gondra ha manifestado su intención de retirarse, Bergalli prefiere defender el arco de Estudiantes con menos laureles de los que cosecharía como juez y Alfano también demuestra una desinclinación evidente para los partidos "fuertes".

El remedio á este mal nadie lo conoce. No faltan críticos que atribuyan á las autoridades de la A. F. A. esta situación anormal, pero nosotros, aunque reconocemos que la citada corporación debe preocuparse muy seriamente del asunto y poner en práctica todo proyecto presentado á su consideración para formar un cuadro de jueces cuya actuación inspire confianza, no podemos menos que denunciar á aquellos que ponen el grito en el cielo, sin ser capaces de cooperar con sus ideas ó con sus energías personales á hallar el medio para subsanar esa deficiencia.

¡Así no es como se hace patria! No es el mejor modo de convencer á nuestros aficionados á dedicarse á la difícil misión de juez, con todos sus sinsabores y escasos laureles — cuando no ninguno — el levantar una atmósfera negra alrededor de cada error que se observa ó se cree observar en los que actúan. Así no puede leerse hoy crónica alguna de partido sin hallar una referencia mala acerca de la actuación del juez. Ora es incompetente, ora es parcial, ó es haragán, ó cualquiera otra cosa, pero muy rara vez su conducta merece aprobación, ó á lo mejor con un "referee correcto" ó "referee discreto" se despacha, con un laconismo rayano en cinismo, la actuación de uno de los principales factores de todo partido de importancia.

Los cronistas tienen, pues, mucho que ver, á nuestro parecer, con la carencia de buenos referees, debido á que incitan — tal vez inocente ó inconscientemente — al público y á los jugadores á no aceptar, con la resignación que corresponde, los fallos de quienes tienen suprema autoridad en el field. Pero los grandes culpables son en primer término los espectadores, el público aficionado que acompaña á su team favorito con la convicción ciega de que sus méritos son superiores á los de sus rivales y con una intransigencia, brutal á veces; pero siempre anti sportiva, con todo fallo que no sea á favor de su ídolo. Luego esta actitud de sus acompañantes se contagia á los jugadores y se termina con un incidente bochornoso, como aquel de que fué teatro el Parque Central de Montevideo el 5 de noviembre.

Nuestros Footballers



J. O. FLOREY
Club A. Quilmes

Los jugadores que aquel día abandonaron, tan faltos de reflexión, la cancha de juego de un país amigo, debían haberse inspirado en la opinión de uno de sus acompañantes, quien decía, envolviendo á todos los jueces en la república vecina, que "ya no se puede encontrar un referee imparcial en Montevideo"! Ojalá les sirva de lección la escena en que fué desenmascarado un individuo, quien mucho influyó en que no regresasen los "Old Boys" al field. Como el incidente es poco conocido en ésta, daremos los detalles en forma concisa.

Al retirarse del field el cuadro visitante, protestando del goal acordado por el referee Dall' Orto, se presentó un tipo — pues no de otra manera puede designársele — aplaudiendo esa actitud y agregando que él había tenido ocasión de escuchar al referee manifestar á jugadores del Peñarol que: "ganarían el partido, pues él se encargaba de ello", ó palabras por el estilo. Llegado á conocimiento del presidente de la liga uruguaya esta denuncia, fué invitado á repetirla frente al referee. Vigilado de cerca para evitar una oportuna retirada, fué, luego, después de haberse vestido los jugadores y el referee, llevado el individuo á una rueda de caballeros en la que se encontraban los representantes de las ligas uruguaya, argentina y rosarina, y entre los que se hallaba el señor Dall' Orto y se le pidió buscase y designase cuál era el referee. Acusando evidente confusión, el citado tipo perdiose un rato en inútil pesquisa y vuelto al grupo citado, confesando no haberlo encontrado, á pesar de hallarse frente á él, se le fué presentado el señor Gil, delegado argentino, y es de no creerse que ese individuo tuvo la desfachatez de reconocer en la persona presentada al referee señor Dall' Orto cuya filiación difiere por completo del señor Gil, pues mientras el último es más bien trigueño, de pelo negro y todo afeitado, aquel es rubio, de cara pálida y con un pequeño bigote rubio! Colmó su desvergonzada conducta el testigo voluntario asegurando, cara á cara con el señor Gil, que había éste manifestado á jugadores del Peñarol que como referee se encargaba de que ganasen el partido! Los comentarios los dejamos á los lectores; añadiremos solamente que los jóvenes que en esa ocasión prestaron oídos á semejante denuncia han recibido una lección que seguramente tendrán bien presente en lo futuro.

Otro detalle del incidente á que nos referimos no ha trascendido aún al público á pesar de que es digno de ser conocido. Después que el capitán de Newell's hubo rechazado la mediación de la delegación argentina, solicitó permiso el presidente de la liga uruguaya para proponer una solución amistosa del conflicto y, con una generosidad que le hace honor, ofreció al citado capitán continuar el partido, dando por anulado el goal cuya legitimidad se discutía y reemplazando al señor Dall' Orto, como referee, por el señor Gil, delegado de la asociación argentina. No debe estrañarse que la negativa que recibiera el señor Gómez á tan generosa proposición causara un efecto por demás desagradable.

El epílogo del incidente que nos ocupa es la descalificación, dictada por el consejo de la A. F. A., del club Newell's Old Boys para competir el año próximo en el concurso por la Copa de Honor.

LOS CONCURSOS PEDESTRES

Apenas iniciada la primavera, aquellos clubs atléticos, cuyos programas no se limitan á la práctica del football, dedican su atención á mantener el espíritu sportivo de sus asociados organizando concursos que son de una popularidad indiscutible y que se designan bajo el nombre de "torneos atléticos". Entre los clubs que de tan plausible manera fomentan el culto de los ejercicios físicos se encuentran en primer rango, el Belgrano A. C., el C. A. de San Isidro, el de Banfield, el Boca Juniors, el F. C. Oeste, etc. Este último ya ha anunciado su certamen para los primeros días del próximo diciembre, no habiendo sido aún fijada definitivamente la fecha exacta. El programa distribuído es sumamente interesante y consta de 16 números, como sigue:

Salto en largo, salto en alto, arrojar la bala, carrera de 200 metros, carrera de embolsados, carrera para niñas, lucha á caballo, carrera de 400 metros, cinchada entre representantes de las diferentes reparticiones del ferrocarril para disputar la copa Simpson, carrera de postas, carrera para niños, carrera de disfraz, carrera para veteranos, carrera de la "Flor", carrera para perdedores y un partido de football de 40 minutos entre cuadros seleccionados entre los jugadores del ferrocarril Oeste. Ya se vé que hay para todos los gustos, por lo que augúrasele desde ya un éxito completo.

Otro torneo que llama justamente la atención de los aficionados es el que ha organizado la "Asociación Atlética Ferroviaria del Río de la Plata" y que tendrá lugar en el local del ferrocarril Oeste, en Caballito, el 8 de diciembre. En este certamen toman parte aficionados empleados de todos los ferrocarriles de la república y del Uruguay. En los años anteriores el entusiasmo que despertó esta fiesta sportiva fué muy grande, llegando á constituir récord, el número de corredores que se anotaron. En el 1910 el total fué de 103 competidores; para el torneo próximo se espera aún superar esa cifra.

Los números del concurso incluyen carreras de 100, 200, 400, 800 y 1.600 metros, de vallas, y otros no menos interesantes como ser: caminata, tirar la bala, tirar la pelota de cricket, saltos en alto y á distancia, cinchadas, carreras de postas, de niños, de veteranos, de maquinistas y foguistas, de inspectores y guardas, de mensajeros, etc. En oportunidad esperamos publicar una nota gráfica de este concurso.

TURF

El clásico "Cartouche", que ha servido de base para confeccionar el programa que nos ocupa, es una carrera sin atractivos, incolora, y que para los concurrentes ha de ser un opio.

El pensionista del stud Lagrange, Quintana, que tanto se ha hecho notar en esta clase de pruebas, y San Borombón son los dos animales indicados para obtener la victoria, los demás nada valen.

San Borombón es animal de mucha más clase que el hijo de D. Jubilee, siempre se ha distinguido en las carreras de fondo, hoy ostenta un alto grado de preparación, y en definitiva debe vencer al pupilo del Lagrange, pues la clase se impone.

La prueba inicial, premio Asti, tiro mil setecientos metros, es una repetición de la corrida del jueves pasado, donde ganó Arbusto; segundo, Mon Cherí; tercero, Aitor; estos dos últimos por lógica deben ser los preferidos de la cátedra; el tercero en discordia es el pensionista del stud Villanueva.

Trece productos perdedores se han anotado en la segunda carrera, premio Hirondelle.

Maldicente, es el que más cerca á estado de la victoria y creemos que mañana le habrá llegado el turno de costearse la avena que lleva comida.

Un premio remate, para los productos de tres años es la tercera carrera. Tiro mil seiscientos metros. El animal que destaca á primera vista es Germánico, luego por la diferencia de peso se indican Inocente y San Gabino.

Premio Manantial. Distancia mil cuatrocientos metros. Veinte y dos anotaciones.

Orvillón, de un tiempo á esta parte se viene conduciendo regularmente, el jueves pasado hizo buena carrera, terminó buen segundo de Ohohó; hoy puede en justicia aspirar al premio.

El premio Hiparco, carrera sobre la milla para potrancas de tres años, suple por sus muchas anotaciones el poco interés que tiene el premio clásico. Tenemos aquí varias que se han conducido regularmente.

Patricienne, la regular hija de Pícara, á pesar de que parte la más pesada es la más indicada para obtener la victoria.

El handicap sobre la milla, premio Bautam, viene á resultar un sarcasmo. Saavedra, dándole un kilo al ganador de la Internacional; Carola, dos y el sexo. Una de dos, ó el hijo de El Amigo se queda en su caballeriza ó gana al galope.

El handicap de fondo tiene cuatro cartas bravas, Hermitaño, el competidor de más clase; Great Boy, por lo que viene corriendo; Leandro Alvarez, que reaparece y parte liviano, y Olaf, que acaba de triunfar en buena forma. Votamos por Hermitaño.

En resumen, son candidatos de Mundo Argentino:

Primera carrera—Mon Cheri.
2ª. „ —Maldicente.
3ª. „ —Germánico.
4ª. „ —Orvillón.
5ª. „ —San Borombón.
6ª. „ —Patricienne.
7ª. „ —Cincel.
8ª. „ —Hermitaño.



AVIACIÓN—Records actuales.

Record de altura.

Rolland Garros.— 4 de Septiembre.— 4.350 mts.

Record de distancia en un sólo vuelo.

Eugenio Renaux. — Agosto.— 960 kilómetros en 12 horas 10 minutos.

Record de duración.

Eugenio Renaux. — Agosto.— La misma perfo mance anterior.

Record de distancia en un sólo viaje.

Rogers. — 2146 kilómetros, entre San Luis y Nueva York.

Copa Michelin.

Heller. — Septiembre. — 1200 kilómetros en 15 horas.

Copa Fémina.

Elena Dutrieu. — Septiembre. — 230 kilómetros — 2 horas 45 minutos.

Record de altura con pasajeros.

Mahien — Septiembre 22. — 2.962 yardas, con un pasajero.

LA AVIACION MILITAR DEL PORVENIR

Hace tiempo que Wells y otros novelistas fantasearon de lo lindo haciéndonos ver los trastornos que la conquista del aire introduciría en el modo de vivir de nuestros descendientes. Su imaginación les llevó demasiado lejos á veces, pero sus hipótesis eran lo bastante entretenidas para que nuestro espíritu se detuviese á considerar su verosimilitud.

Después de estas fantasías de novelistas, un ingeniero se ocupa ahora del tema uniendo á sus sueños, audaces algunos, las fórmulas matemáticas. Este ingeniero es Mr. Ader, famoso inventor del Avión.

Colocándose en la época en que el aeroplano ofrecerá la misma seguridad que la bicicleta, Mr. Ader ha escrito un tratado completo de estrategia aérea, y de táctica aviadora, que abunda en ideas curiosas. Las maniobras de compañía las trata con tanta precisión como las dificultades de la puntería aérea.

El autor ha imaginado para los futuros artilleros aéreos, una serie de proyectiles: torpedos, granadas enramadas, metralla explosiva y granadas con paracaídas. Estas últimas, suspendidas de un paracaídas, descenderán suavemente por la atmósfera, y al tropezar con ellas un aeroplano estallarán.

Entre las armas más terribles figurarán unas flechas del grueso de una aguja de hacer media. Mister Ader calcula que una de estas flechas bien recta y puntiaguda, de 50 centímetros de largo, por un milímetro de grueso, puede atravesar un hombre de parte á parte al caer de una altura de 500 metros. Por esta causa el autor reduce sus flechas de modelo pequeño, á 10 centímetros de largo por poco más de un milímetro de diámetro. Su peso total no pasará de un gramo.

EN EL DESIERTO



La tortuga. — ¿Cómo te has dado este golpe en el ojo?

La jirafa. — He chocado contra un aeroplano...

UNA FECHA LUCTUOSA

La pérdida del "Pampero"

Pasado mañana se cumplen los dos años. Fué ocasión de febriles ansiedades, de hondas congojas para todo el pueblo argentino.

Dos atrevidos exploradores de los aires, los señores Eduardo Newbery y sargento Eduardo Romero, se habían lanzado á las alturas, piloteando el aerostato "Pampero", en el cual el primero había ya realizado una brillante ascensión en junio de ese mismo año.



Sr. EDUARDO NEWBERY
Piloto del globo «Pampero»

Y nada se sabía de la suerte que habían corrido los dos audaces aeronautas.

El señor Newbery había partido de Belgrano, el día 17, á las 5 p. m. Debía ser su compañero de excursión el señor Owen, pero una circunstancia imprevista motivó la falta de éste, y en su lugar tomó un puesto en la barquilla el sargento, del Palomar Militar, Eduardo Romero.



El señor Newbery preparando la ascensión en Belgrano



El señor Newbery en la barquilla del «Pampero» segundos antes de partir.

Según los cálculos anteriores á la ascensión, el descenso debería efectuarse en la Pampa Central, pero, á partir de la segunda hora que siguió á la partida, un soplo de tragedia empezó á invadir los espíritus ante la incógnita terrible del rumbo que habría tomado el aerostato.

Pasaron así ese día y el siguiente en una absoluta carencia de noticias concretas. Nadie podía precisar la misteriosa ruta seguida por el "Pampero", y en vano fueron los esfuerzos realizados por el ingeniero Jorge Newbery — hermano del malogrado piloto del "Pampero",—y otras personas que dedicaron toda su buena voluntad á la pesquisa de los desdichados viajeros.



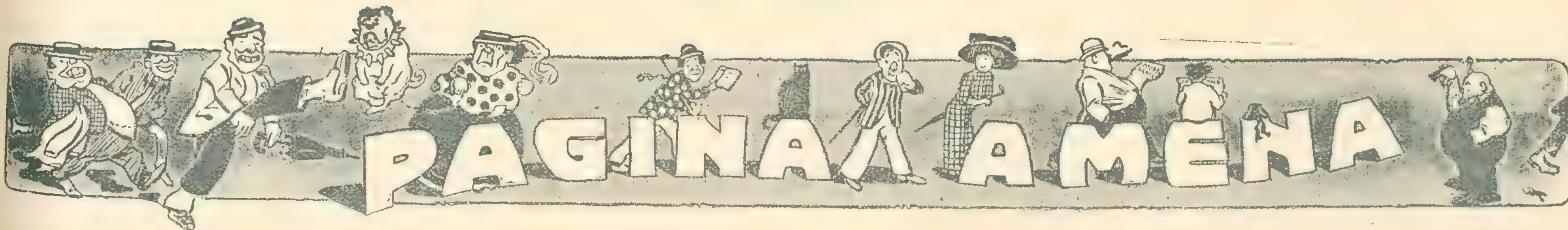
Eduardo Romero, sargento del Palomar Militar que acompañaba á Newbery

El misterio, con avideces ignotas de sepulcro, se había cerrado en torno del "Pampero", y, después de dos años, hoy más que nunca la tremenda incógnita se resiste á todos los cálculos: El Atlántico, acaso, guarda en su seno el secreto final de aquellas dos hermosas vidas víctimas de un temerario sueño de Icaro.

LOS HOMBRES PAJAROS



Beaumont (Conneau), caricatura por nuestro colaborador Sagastume.



LASSEYTE DE ZÁRATE



—¡Qué lamparón!
—¡No me sorprende.
Lasseyte en muy sucio, mancha mucho!



—¡Ahí está Lasseyte!
—¡Hijas, corramos, pongamos nuestras personas en salvo!...



—¡Por Dios, no traigás Lasseyte para la ensalada. Basta con sal y vinagre!

EL NIÑO TERRIBLE Y EL PETARDO TURCO



Los mirones. — ¡Mira el atrevido!
(De *"Le Rire"*).



Ella. — ¿Qué te parece la nueva mucama, Roberto?
El. — ¡Muy bien!
Ella. — Es lo que yo creía, y por lo tanto la despedí esta mañana.



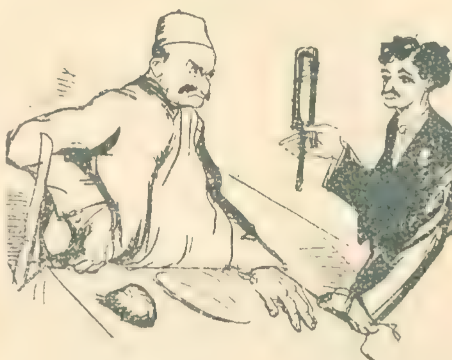


—Vea amigo, si continúa así, le garantizo que no va á ir muy lejos...
—Eso mismo, doctor, es lo que me dije hace un rato; por eso me propuse pasar la noche aquí...

(Dibujo de G. Courtis).

***

FEROCES REPRESALIAS



—¿Queso de Italia? Jamás: ¡deme chucruta y embutido de Francfort!

***



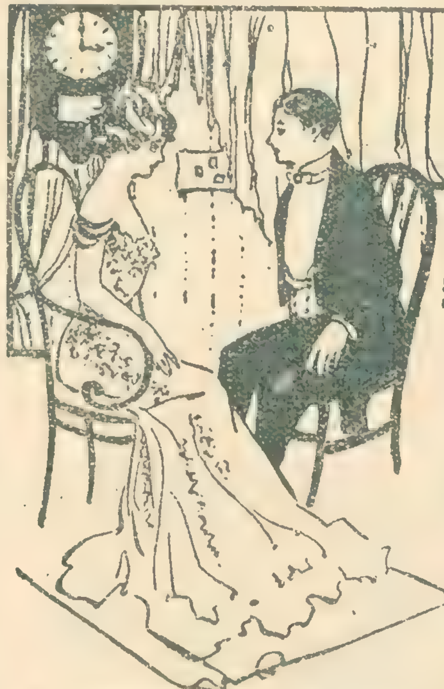
La sirvienta. — Señor, hay un ladrón en la antecámara.
El profesor distraído, (empeñado en una invención). — ¡Qué venga otro día, hoy no puedo atenderlo!

PADRE IMPACIENTE



—Creo que tu novio, con tres años que te festeja, debe sentirse ya aburrido...
—Yo también lo creo. Ayer me preguntó si yo me casaría con él...

***



El pretendiente. — Sí, señorita, yo soy un entusiasta de todos los deportes atléticos. Remo, monto á caballo, en motocicleta, boxeo, salto, corro...
Ella. — Ahora viene papá. Demuéstrele que sabe saltar y correr.
(Y así fué).

***



—Mirá, Totó, esta noche he soñado que me hacías muecas delante de mis amiguitas, por lo tanto voy á darte una paliza.

***

AMOR Y RELIGION



"No nos dejes caer en la tentación".

EL HOGAR Y LA MUJER

Encuestas de Mundo Argentino

Amo al hombre argentino, sí, le idolatro, mi vida toda entera es para él, su imagen es el fantasma constante de mis sueños, la fiebre de mis noches las provoca él, solamente él; le amo pero de una manera inmensa; cuando su voz armoniosa y suave llega hasta mí, me embriaga el aliento perfumado de su voz. ¡Ah! ¡Qué bello es amar al hombre argentino!

¿Renunciar su amor? ¡Antes renunciar la vida!

¿Sabe Vd. por qué amo al hombre de esa nacionalidad? Porque, como dice el gran poeta: "Juntos como dos pájaros crecimos y juntos compartimos la pena, el gozo, la inquietud y el llanto.

Deidad.

Yo soy una morocha muy divertida y de corazón noble (me gusta mucho el baile y el patinaje).

Así es que si yo pudiera elegir marido, lo elegiría argentino, pero de descendencia inglesa.

Me han agradado mucho sus programas de fiesta.

Pienso.

Si yo tuviera que elegir marido lo elegiría argentino, con preferencia provinciano (rosarino), por la sinceridad y modestia que los caracteriza, y además porque me agradan sus ademanes tan graciosos y sus conversaciones tan dulces.

Desdémona G.

¿Marido? Argentino.
¿Por qué? Por amor.

Deidad.

A la señorita que firmó **"Tatiana"** en la encuesta de Mundo Argentino:

Me complazco en comunicar á la señorita Tatiana que el barítono Titta Ruffo no es italiano, por lo tanto su ferviente admiración no tiene razón de ser.

Disculpe

Julio.

Interesante carta sobre nuestra encuesta

He seguido con interés—diré la verdad—decreciente, la encuesta de Mundo Argentino sobre la elección de marido.

Sí, señor, interés decreciente he dicho, no por las preguntas que en ella se hacen, pues están muy bien combinadas, sino por las contestaciones que las de mi sexo le han dado.

No he dejado de leer una sola, y en todas ó en casi todas he visto reflejada el alma de sus autoras, en la cual sólo un sentimiento les inspira esas respuestas: ó la ambición de riqueza por medio del casamiento, ó un patriotismo mal entendido y exagerado por añadidura.

VERANEO



—Juan y yo nos vamos este año á Mar del Plata.

—¿Cómo has podido conseguirlo?

—De una manera muy sencilla: Le dije que mamá vendría á pasar una temporada en Buenos Aires...

No, señor director; no es posible elegir ó pretender cuando una no está atacada de la epidemia de las mujeres, en las cuales el único y gran deseo de su vida es el casamiento; para las que no lo estamos, si ha de venir vendrá, pero vendrá el hombre que ama y es amado; ya sea argentino, turco, chino, danés ó ruso, tenga ó no dinero, siempre que sea honrado y pueda hacer feliz á la que lo tenga por marido.

¡Cuántas y cuántas mujeres no serían desgraciadas si al casarse lo hicieran por amor y no por el afán de ser "señora"! ¡Cuántos y cuántos hogares no maldicerían el destino por esa misma causa!

Yo soy argentina, y dejando á un lado la vanidad, no tengo un físico despreciable, y si no soy rica vivo desahogadamente con mi propio trabajo; sin embargo despreciaría un hombre millonario si no estuviese en la plena seguridad de que me quiere y que es querido por mí, como no aceptaría tampoco un hombre que me amase si no tuviese algún porvenir, por poco que fuese. En cuanto á la nacionalidad, ¿cómo puede pretenderse en estas condiciones ó pretendiendo un hombre rico, que éste sea de una nacionalidad preferida? ¿Acaso en todos los países del mundo no existen más ó menos en la misma cantidad buenos y malos, trabajadores y haraganes, rubios y morochos?—Exceptúo de estos últimos China, Japón y los países de Africa. ¿No hay argentinos bajos, ó italianos altos, ó franceses delgados ó ingleses gruesos?

Los hay de todas clases, para todos los gustos, y por lo tanto me casaré con aquel hombre bueno, honrado y trabajador con el cual nos enamoremos recíprocamente.

¿No es de tal ó cuál nación? No importa, que sea también tripolitano que todos aman del mismo modo. ¿Es pobre? Con las aptitudes señaladas sabrá hacerse un porvenir. ¿Es rico? Mejor, sabré hacerle disfrutar mejor su dinero.

He dicho.

Pirita.

LAPSUS LINGUAE



La señora.—¡Qué soberbio coiffeur!

El señor. — (Changador enriquecido). — Es verdad, ¿será Moka ó Puerto Rico?

ANOTACIONES

Desconfiad de la mujer que habla de su virtud.

Muchos hombres que no hubieran perdonado á sus novias que les dijeran la verdad, no perdonarán después á sus esposas si no la dicen.

La historia de una mujer es siempre una novela...

Por entregas (añade un chusco).

ACTIVIDAD FEMENINA

Son las dos de la madrugada. El marido, descansando de las tareas del día, ronca apaciblemente. En su rostro bonachón aletea una sonrisa de beatitud: sueña acaso con las delicias del veraneo, que deben dar comienzo ese mismo día.

La esposa, desvelada, mira el reloj.— ¡Caramba! ¡las dos ya!—murmura, y una mueca de contrariedad ensombrece su linda carita. Luego, muy suavemente, muy suavemente, se desliza del lecho; calza, con coqueto movimiento, unas preciosas chinelas; hace lugar la llave de la luz eléctrica y, de pie frente al tocador, empieza á desmadejar la abundante mata de su rubia cabellera.

Pomos, estuches, frascos, brochas, pinceles, cepillos, etc., son puestos en febril actividad. Las delicadas manos de la bella, manos principescas que no han sido profanadas por plebeyas tareas, van y vienen, suben y bajan, con inquietud de mariposas, oficiando en los adorables misterios del tocador. La hermosa sonríe á su imagen en el espejo, á cada nuevo encanto que añade á su magistral tocado.

De pronto ¡fatal imprevisión! su mano diestra tropieza con un bote de porcelana; rueda al chisme y cae con estrépito sobre el piso de madera. Al ruido, inusitado á todas horas, el marido despierta sobresaltado. Se incorpora sobre el lecho y tiende una mirada inquisidora hacia el tocador. La visión amable de la esposa ante el espejo, tiene la virtud sedante de un encanto. Pasa el susto, y el marido, poniendo en su entonación toda la ternura que el sueño le consiente, pregunta dulcemente:

—¿Qué haces, queridita?

La esposa se vuelve, entre asustada y enojosa por verse sorprendida, y luego contesta modestamente:

—¡Cómo me dijiste que el tren sale á medio día!...

—¡Ah! ¡ya! musita el plácido esposo, y volviéndose del otro lado, reanuda el plácido sueño interrumpido.

Después, como dijo el poeta, amor puso el índice en los labios. Silencio. Misterio. — Y nada más.







COLABORACIÓN INFANTIL

(Se publican los escritos tal como se reciben)

¡QUE SOLOS QUEDAN LOS MUERTOS!...

Cuando la noche extiende su negro manto ocultando los albores del día, y la apacible y majestuosa luna alumbra con sus destellos el espacio; penetremos en la mansión de los muertos, y deposita tu mirada en aquel lugar de soledad y tristeza.

¡Es el día, dedicado á los difuntos! Una multitud de personas cruzan por las avenidas de las tumbas, dejando en cada una de ellas, flores..., lágrimas..., y plegarias. Todo se vé en contínuo movimiento, parece un día de fiesta, para aquella casa tan solitaria otras veces; pero pronto, se termina esto, cae la tarde, se siente una suave brisa que apenas mueve el melancólico ciprés; la lúgubre campana anuncia que es la hora del retiro, y aquella morada vuelve á quedar envuelta en la más profunda soledad. ¡Oh!..., qué sólos quedan los muertos!... Allá, á lo lejos, parece oir un murmullo, pero es el ruido que produce el follage de los árboles, únicos compañeros de tanta tumba solitaria.

Las flores, que hace poco fueron depositadas, inclinan su tallo, próximas á perder la sabia, por qué los fuertes rayos del sol, quitaron su vida y color; las lágrimas que fueron vertidas en algunas tumbas, frescas por el inmenso y doloroso recuerdo de un ser querido... ¡también se secaron! Sólo quedó un delicioso perfume que extendió su aroma hasta la majestad del ser Supremo: ¡la oración!...

¡Qué sólos quedan los muertos!... Sus cuerpos se ven perdiendo al travez del tiempo, sus huesos vuelven polvo, y todo concluye en nada, el cuerpo delicado y tan cuidadosamente adornado en la vida. ¡Ah!... ¡Cuán triste es la realidad de la muerte! Triste, es contemplar la pobre tumba de una madre que lloran varios hijos, al ser más idolatrado de la tierra, triste es ver llorar la madre al único hijo que fué su sostén y alegría, triste es observar tanto abandono en muchas tumbas completamente solas, sin una lágrima, sin una humilde cruz que le dé sombra, sin un rocío de plegarias para su alma.

¡Triste sí, es la mansión de los muertos!... Pero, cuando el corazón humano, se alimenta de fe y resignación, acompaña á los muertos hasta unirse en la otra vida.

Fermín Manuel Rodríguez.

COMPOSICION

Unos de los paseos más divertidos es Palermo porque allí se ven unas infinidades de animales de todas clases.

Yo vi á unos Elefantes. yo Estaba viendo á unos monos que comian.

José E. Capurro.
8 años.

Sobre la mesa se hallan varias revistas y postales; entre estas últimas veo una que representa una estación, (Estación Constitución F. C. S.) la miro y me parece estar dentro, veo el ir y venir de las locomotoras ya con pasajeros ya con cargas.

Se ven venir los pasajeros con sus balijas que cruzan el andén en todas direcciones; se hoyen los vendedores de diarios gritar: como haciéndoles acordar que uno debe munirse de las revistas para leer durante el viaje.

¡Qué bonito es leer!, pero tengo otra postal que es una (Cárcel), ¡oh, qué triste!, la miro y no me produce el mismo efecto. Me acuerdo de un día que fuí á visitarla. ¡Sólo acordarme me da miedo! Los presos estaban dentro un corredor cerrado con una reja semejante á una jaula. Los cuidadores en vez de un bastón tenían un fusil; yo ni respiraba por temor de ofenderlos. Cuando llegué á casa le pregunté á mamá si tenían el fusil para castigar á los que le dieran comida entonces con una sonrisa muy triste me dijo es para que no se escapen. ¡Pobrecitos!, cuando vaya otra vez les llevaré el "Mundo Argentino".

Herminia Cerutti.
11 años.

EN PENITENCIA



Por haber roto el último número de Mundo Argentino. ¡Bien hecho!

Las apariencias

Cuentan de un millonario, poseedor de muy ricas joyas, que, cuando viajaba, usaba una curiosa estratagema para prevenir la peligrosa tentación de los ladrones. Consistía dicho "truc" en llevar sus mejores alhajas á la vista, pero no en su persona sino en la de su criado de confianza, aunque de aspecto insignificante y en quien á la legua se advertía la condición grosera y servil.

Desde luego, la opinión del mundo — que no peca generalmente por aguda — reputaba por falsas é imitadas las joyas que lucía aquel paleto de criado, y como el amo no llevaba sobre el cuerpo más que alguna que otra insignificante prenda, el olfato de los caballeros de industria quedaba despistado por tan sencilla añagaza.

Veamos ahora, si, aplicando el cuento al caso, sacamos alguna enseñanza provechosa de esta vulgar anécdota. Por lo pronto, ella evidencia una verdad que es bueno no olvidar: la facilidad con que nos dejamos engañar por las apariencias; y, aparte de ello, la necesidad, para no ser engañados, de acostumbrarnos á buscar con la mirada para llegar al fondo esencial de los objetos, actos y hombres que observamos.

Pero, ¿nada más? Sí, y esto es lo más gordo, lo más difícil de decir en términos que no resulten una charada para mis amables lectorcitos. Probaré, sin embargo, y téngaseme en cuenta la buena voluntad.

El hecho es que, en este mundo, no es verdad aquello que reza el proverbio: "tanto tienes, tanto vales", sino que tal proposición debería corregirse, diciendo sencillamente: "tanto aparentas, tanto vales".

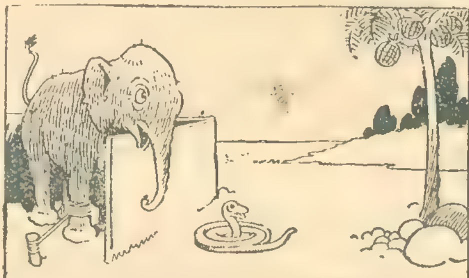
El valor intrínseco de las joyas verdaderas que puede llevar y lucir un humilde criado, ¿no es, acaso, igual al valor aparente relativo de las joyas falsas que puede lucir un millonario reconocido?

Piénsenlo bien mis amiguitos, y verán que es esto tan cierto como es verdad que el juicio del mundo es siempre parecido al de los ladrones de mi cuento:

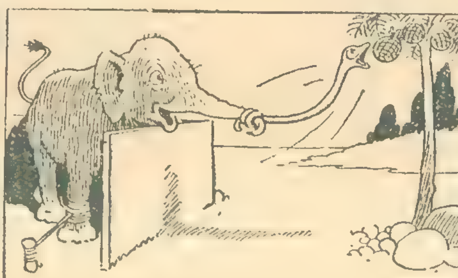
¡Qué ridículo es ese paleto cargado de diamantes imitados!

Tirulí.

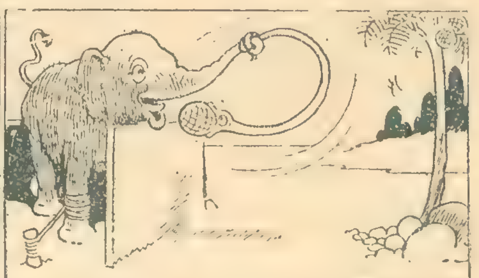
EL ELEFANTE HAMBRIENTO Y LA SERPIENTE COMPASIVA



Con ojos hambrientos miraba un elefante, desde su prisión, una incitante chirimoya que se balanceaba más allá del alcance de su trompa.



—¿Cómo haría yo — se decía — para poder zamparme un par de esas hermosas frutas coterráneas de don Victorino? Oyolo su amiga la serpiente y...



Una á una fueron trasplantadas desde el árbol al estómago del paquidermo las sabrosas chirimoyas. — Hoy por tí y mañana por mí — se dijo filosóficamente la serpiente.

CORRESPONDENCIA

Varios. — Varias veces hemos manifestado que las colaboraciones se publican todas. El espacio de que disponemos no permite hacer milagros, y hay que resignarse con la necesidad de esperar turno.

Un aficionado. — Sí, señor, se admiten colaboraciones serias para esta página, siempre que respondan á su índole y, literariamente lo merezcan.

JUGANDO AL SERIO

—Si me dices la verdad te doy un dulce, Juanito; ¿en qué estabas pensando?

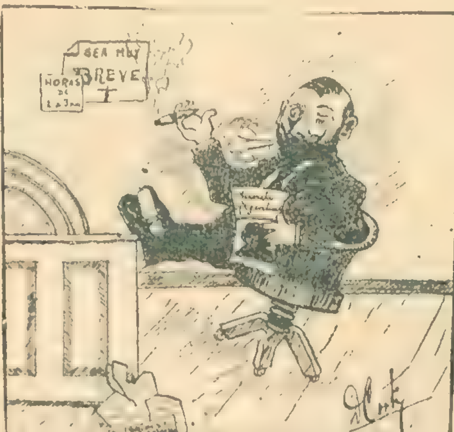
Juanito, después de un momento de vacilación: — Pensaba, señor, en que usted sería muy bueno si me diera el dulce.

—Pues, toma dos: Uno por haber dicho la verdad, y el otro porque, para decirla, has debido confesar una debilidad.

Este breve diálogo, que no es menos histórico que lo que lo son todos los diálogos que se escriben para entretener á los niños estudiosos, nos enseña dos cosas que es de prudentes no olvidar: Primero, que la verdad, cualquiera que sean sus consecuencias, es siempre meritoria; y segundo, que es mayor mérito todavía el decirla cuando nos cuesta el esfuerzo necesario para confesar una flaqueza.

Con que, mis buenos amiguitos, deseamos que, jugando al serio, traten ustedes de sacar algún provecho de esta sencilla leccioncita que hoy les ofrece Mundo Argentino.

COLABORACION GRAFICA



Uno que ha leído las colaboraciones infantiles de Mundo Argentino.

PENSAMIENTOS DE UN NIÑO

Una noche soñé que papá me había regalado una bicicleta,... y me caí de la cama. Cuando conté el sueño, papá me dijo: — No te hubiera pasado eso, si sueñas que te regalaba un triciclo.

Nunca he podido comprender lo que quiso decirme.

He notado que mi maestro cuando está satisfecho no se ríe. Pensando en ello, he llegado á creer que la satisfacción no es lo mismo que la alegría. ¿Será así?

Winsford había errado el tiro. Era hombre para errarlos todos. Se sentó y arremangó muy altos sus pantalones. Llevaba calcetines calados de seda, que no había ganado con su trabajo.

—¡Oh, yo no! dijo. A mi me gusta. El viejo duque deseaba remitir una nota al valiente lobo de mar, hablando metafóricamente en ambos casos, y con la esperanza de poderle ver á usted, aunque solo fuera por un momento, yo me ofrecí. Una gran idea ¿no le parece? Digo, usted está hermosísima, si me sienta bien el decirlo.

Margarita sonrió. Aquel hombre era tan idiota. Era imposible tomarle por lo serio y tiempo perdido disgustarse con él. No era más que una caricatura de hombre. No tuvo ella necesidad alguna de exprimirse los sesos para encontrar un tópico de conversación. Winsford habló por los codos durante quince minutos, causando, así se lo figuraba al menos, mayor impresión que nunca. Como á compensación Margarita contemplaba á Juan que se aproximaba montado á caballo y saludando con el sombrero. Algo pasaría por sus ojos que hasta Winsford lo pudo notar. Este dió vuelta sobre su silla, vió á Juan y lanzó una aclamación de asombro.

—¿Usted decía? preguntó Margarita.

—¡Cielos! exclamó Winsford poniéndose de pie. Este es un amigo mío. Un muchacho de primera. Una noche me dió albergue en un rancho de Vaucouver. ¿Qué diablos está haciendo aquí? Se embarcó á mediados de julio con un muchacho llamado...

Margarita se levantó con rapidez. Estaba muy pálida. Le causaba tanta indignación que aquella criatura hubiese identificado al hombre desconocido, que hubiese sido capaz de pegarle. Para ella, también, el se había ya convertido en Conrado Axminister.

—No creo que sepa usted lo que está diciendo, replicó ella con mucha calma.

—¿Qué? ¡Claro que lo sé! Reconocería á Juan Arleigh entre un millón de personas.

¡Juan Arleigh! ¡Este era pues el nombre!

—¿Usted conoce los Arleighs, de Arden Leigh, eh? Al menos, siempre habían vivido en Arden Leigh hasta que el padre de Juan lo mandó todo á rodar con sus hipotecas... Desgracia de Juan, ¿sabe? Eton, Oxford y toda esta clase de cosas y luego lanzado en el torbellino del mundo con los bolsillos vacíos... ¡Hola Juan! ¿cómo vamos, viejo?

Juan miró. Arqueó sus cejas é hizo una media sonrisa de fina interrogación y sorpresa.

—¿Juan? replicó ¿Por qué "Juan"? ¡Ahora vengo!

Estaba admirablemente representado. La pequeña pausa, el encogerse de hombros, su insinuación de divertimiento, su perfecto ecuanimidad. Margarita hubiese podido lanzar un grito de triunfo. ¿Por qué no era este hombre Conrado Axminister? ¿Por qué, por qué?

Cuando Juan desapareció, Winsford se volvió hacia la joven. En su frente se dibujaban algunas arrugas de perplejidad.

—¿Por qué "Juan"? repitió. ¿Qué querrá decir con esto el gran bromista?

EL HOMBRE QUE HACÍA FALTA

(Termina hoy. Véase el núm. anterior)

¿Es este alguno de sus chistecistos, señorita Nuncaton? ¿Me estará tomando el pelo?

No podía alcanzar á ver los ojos de Margarita. Estos estaban fijos en la puerta que daba á la terraza. Juan salió sacudiendo el polvo de su gorra.

—Es Arleigh, dijo Winsford; lo juraría en cualquier parte.

—Conrado, dijo Margarita.

—¿Sí? El corazón de Juan latía con violencia. Era la primera vez que Margarita le daba este nombre.

—El señor Winsford he encontrado un hombre en Vaucouver que es igual que tú. Señor Winsford, señor Conrado Axminister.

—¿Oh, verdaderamente? ¿Cómo está usted? ¿Qué cosa tan rara? Supongo que nadie se tomaría la molestia de romper mi molde... ¿Quiere usted refresco? ¿Un cigarrillo?

Juan paseaba su vista amigablemente, de un modo hospitalario sobre aquel hombre que aturdido por completo abría tres palmos de boca. Jamás en su vida había aparentado él una imperturbabilidad más grande. No era, sin embargo, así, en realidad. Margarita le había llamado por su nombre de pila. Su corazón se desbocaba.

— ¿ Conrado Axminister?, balbuceó Winsford. Usted no será Conrado Axminister el prod... — quiero decir —

—¿El hijo pródigo? Sí, dijo Juan, soy yo.

—Pero, es sorprendente.

—¿Qué?

—El parecido.

—¿A quién? ¡Ah, sí, á este Juan!, replicó riendo el falso Conrado. Oh, usted querrá decir, Juan Arleigh.

De nuevo hubiese batido palmas gustosa Margarita.

—¡Ah!, repuso Winsford, en seguida. Era algo sorprendente. Cuánto más miraba á Axminister, menos le parecía Arleigh. Los ojos de Arleigh no habían tenido jamás aquella mirada de plena satisfacción, de paz absoluta con el mundo.

—¿Le han tomado á usted alguna otra vez por Juan Arleigh?

—Miles y miles de veces, replicó Juan. A mí casi siempre me toman por Juan Arleigh. Debe ser un hombre digno de ser conocido.

Una cosa más sorprendente fué que Winsford, que un momento antes hubiese jurado en cualquier parte que era Juan, no encontraba ahora semejanza alguna entre las voces del hombre que había conocido en Vancouver y del que se encontraba frente suyo. El, como cualquier otro que había conocido á Juan, había notado en su voz una especie de cinismo, una especie de descontento velado, un tinte de ironía. La voz del hombre á quien había llamado casi "hijo pródigo", era muy distinta. Era la voz del hombre que tiene cuanto desea. Winsford no era dado á frases pintorescas; pero se dijo á si mismo, que Conrado Axminister no se parecía más á Juan Arleigh que una pintura original á su copia oleográfica.

—Lo siento, dijo, pero de cualquier modo siempre es un consuelo saber que no soy el único que ha cometido el mismo error. Todos tenemos nuestros dobles. Yo también tengo el mío.

—¿Verdaderamente, dijo Margarita?

¡De modo que este hombre era Juan Arleigh, Eton, Oxford y Vancouver! ¿Qué debía ella hacer?

—Sí, continuó Winsford, soltando una carcajada. Nunca en mi vida tuve un susto semejante... Una tarde entré en una tienda de Piccadilly á comprar un par de guantes. El único empleado que había estaba ocupado. Miraba yo una caja llena de guantes y otras cosas de piel, cuando alguien dijo: "¿Se le ofrece algo, señor? Miré y me ví á mí mismo, un miserable hortera..., ¿qué les parece? Era yo, "¡Dios mío!", exclamé. "¡Gran Dios!", dijo él... Después de esto, no nos pudimos ver más. Para vengarse de la mueca de disgusto que yo hice, me entregó un par de guantes que á la primera vez de usarlos tuve que tirar á la calle... Sin embargo, tengo que marcharme. ¡Hasta luego, señorita Nuneaton! ¡Adiós, Axminister! Esta noche voy á mandarle cuatro líneas á Juan Arleigh. Va á reirse, la mar. ¡Es un íntimo amigo mío!

—¿Sí?, dijo Juan con sequedad. ¡Verdaderamente, va á reirse mucho!

Y le tendió la mano.

—Te he visto ya por los alrededores varias veces, continuó. Co[illegible] que volveremos á encontrarnos [illegible].

Los dos hombres ab[illegible] on la terraza juntos. El hijo ha[illegible] los honores de la casa y cuando hubieron partido, Margarita permaneció sentada inmóvil, con las manos fuertemente entrelazadas y una dulce sonrisa en los labios. Del mismo modo que había sabido instintivamente que el hombre á quien Leonor había llamado Conrado, no era Conrado, el mismo don curioso é inexplicable, peculiar casi al temperamento de la mujer, le dijo que era Juan Arleigh. Se alegraba y sentía á la vez que estuviese descubierto. Todas las preguntas mentales sobre lo que debía hacer ó dejar de hacer en las presentes circunstancias fueron expulsadas de su mente por una frase corta que repetía interiormente una y otra vez:

—¡Le amo! ¡Le amo!

Juan volvió, se sentó á su lado, la miró y no dijo nada. Era la primera vez que estaba á solas con ella. No sabía, naturalmente, que Margarita había tenido gran cuidado en no estar jamás sola cuando él se encontraba cerca.

Ella levantó la vista y sus ojos se encontraron.

—El antiguo Conrado, dijo, se marchó mañana hará seis años.

—¿Sí?, repuso Juan. ¡Claro, ya recuerdo!

—¿Te acuerdas de lo que hizo Conrado hoy hace seis años?

Juan movió la cabeza. Nada parecía importarle, salvo que ella era bella, que era Margarita y que se encontraban solos.

—Grabó mi nombre y el suyo en el árbol que está junto al arroyo, y dijo, que jamás olvidaría.

Juan se inclinó y le tomó las manos.

—No he olvidado, dijo. ¡Te amo!

Y entonces, como con una especie de espasmo, se levantó de repente, pálido y sin poder pronunciar una palabra.

Hubo una larga pausa. Margarita no tenía nada que decir, aunque en sus ojos, si hubiese sido capaz de leerlos, Juan hubiese encontrado la respuesta que precisaba para que su dicha fuera completa. Por último, él se decidió á hablar:

—¡Por favor, por el amor de Dios, hazte el cargo que no he dicho lo que acabo de decir! ¡Jamás quise decirlo! ¡Me ha salido involuntariamente! ¿Me harás esta gracia?

—¡No!, contestó Margarita.

—¿Qué quiéres decir?

—Lo que he dicho. Jamás, aunque quisiera, podría borrarlo de mi mente.

Ella rió con dulzura, levantóse y se puso frente á él.

—Ya es demasiado tarde, Juan Arleigh.

Al oir las primeras palabras, Juan se había inclinado ávida, apasionadamente. Pero cuando las siguieron las dos últimas, se enderezó como herido por un rayo.

—¿Lo sabes?, dijo.

Margarita asintió con la cabeza.

—¿Desde cuándo?

—Desde el momento en que te ví sabía que no eras Conrado.

—Y sin embargo, ¿por qué sabiendo ésto, no sólo no dijistes nada, sino que hicistes creer á Winsford que lo era?

—Porque te amo, contestó Margarita.

(Continúa en la pág. 21)

LA CRÓNICA POLICIAL

Semana roja—

Bien cuadra el epígrafe á esta nota sintética, si nos atenemos al extraordinario número de hechos sangrientos que registran en sus crónicas del delito los diarios de la pasada semana.

Crimenes misteriosos á razón de uno ó dos por día, dentro de la misma planta urbana de la capital; tiros, tajos y puñaladas por la discusión de un tanto en las barajas ó por cualquier simple cambio de epítetos más ó menos crudos; decenas de desesperados que se auto-eliminan de la existencia, cansados del suplicio de vivir; novios desdeñados que apuñalean en la vía pública y ultiman á balazos al objeto de sus amores terminando luego consigo mismo; maridos exasperados por los celos y por la sed de la venganza que matan á su mujer é hijas, y luego se suicidan, individuos aparentemente felices que de pronto ejercitan su puntería en cada uno de sus hijos, en su mujer y en sí mismo, sembrando el campo de numerosos cadáveres en pocos minutos, tal el hecho extraño y doloroso últimamente acaecido en San José, de Misiones; riñas á granel, accidentes mortales, asaltos, estupros y homicidios... por todas partes la tragedia, el horror de los salvajismos que hace resurgir en el hombre moderno al hombre prehistórico de las cavernas. Nos ahogamos en un mar de sangre; nos asfixiamos en una atmósfera sobresaturada de todos los miasmas del crimen, el dolor y la bestialidad.

No es el propósito del cronista hacer hipérbole literaria en este caso.

No sabríamos á que múltiples causas cósmicas, morales y sociales atribuirlo, pero la verdad es que, con la iniciación de la primavera se han multiplicado hasta lo inconcebible, en esta última semana, los episodios sangrientos, de tal manera que al cronista le ha sido imposible detenerse en tal ó cual suceso para extraer de él la esencia filosófica que lo envuelve, de acuerdo con el espíritu impreso á esta sección, abrumado, desbrujulado por este infierno dantesco, donde la raza de Caín reproduce á diario la leyenda maldita.

Vale la pena por lo menos, tomarse interés por este crescendo alarmante del homicidio, del menosprecio terrible á la vida propia y agena, pues cuando así se destruyen los humanos en una sociedad que conceptuamos civilizada y culta, es sin duda, por que una grave enfermedad mina el organismo social, rompe los lazos de la solidaridad y los vínculos sagrados del amor sobre los que descansan la felicidad individual y colectiva.

La ciencia social, que es el resumen de todos las demás ramas de la sabiduría, ya nos ha dicho más de una vez que no es cuestión puramente de leyes ó de policía la disminución del delito, sino que es cuestión de profilaxia social, de la misma manera que la salud del cuerpo no es cuestión de drogas, sino de procedimientos higiénicos que la preserven. Una legislación sabia y ecuánime, de garantía y protección para los desheredados, conjuntamente á una educación constante del pueblo, ¿no sería, en gran parte, una profilaxia racional y generosa contra el delito de sangre?

El respeto á la mujer—

Es realmente deshonroso para la cultura de un pueblo, por lo que atañe á la caballerosidad y educación de los hombres, el hecho de que se susciten decretos policiales como el que castiga con prisión ó multa entre nosotros, á los que faltan en la calle el respeto á las mujeres.

Y lo peor no es eso, sino la aplicación que diariamente se ve precisada la policía á hacer de esa pena. ¿Quiere decir, pues, que Buenos Aires, es uno de los pocos pueblos donde la mujer, es decir nuestras mujeres, nuestras madres ó nuestras hermanas no están nunca garantidas del atentado á su dignidad por parte de los hombres?

¿Quiere decir que los porteños no entienden de cortesías para con el bello sexo, y antes por el contrario, son brutales y guarangos no bien se encuentran frente á una mujer? No por cierto. En Buenos Aires hay de todo; pero, preciso es reconocerlo sin embargo: abundan todavía los indios disfrazados de personas, los compadres urbanos enteramente idénticos en modales á los compadres del suburbio. Y es contra éstos, que debe emplear la policía su guante de hierro.

Todos los ciudadanos por su parte deberán contribuir con arrestos viriles á hacer que desaparezcan de nuestro ambiente estos hijos anacrónicos de la barbarie. Está en el interés de todos reivindicar los prestigios de nuestra cultura y garantir á nuestras mujeres del atropello de los huasos.

El uniforme de la patria—

La comisaría 27a. ha tratado de identificar á dos soldados del ejército, autores de un asalto perpetrado las otras noches en una de las calles de esa sección y del cual fueron víctimas Irineo Ortega y Enrique Sosa, jóvenes de 17 y 18 años de edad respectivamente.

Como á las 11.30, transitaban éstos por la calle Huergo, y al llegar á la esquina de Chenaut, les fué interceptado el paso por aquéllos, quienes estaban acompañados de varios conscriptos.

Uno de los citados robó á Irineo, la suma de 10 pesos que llevaba en los bolsillos de la ropa y el otro, como Enrique intentara pedir auxilio, le aplicó un palo en la cabeza, produciéndole una herida de carácter leve, según informes del médico de policía, doctor García.

Ya se vé cómo se han infiltrado en la conciencia de los héroes de esta hazaña, las doctrinas del patriotismo y el honor que se difunden en las filas del ejército. ¡Eso es lo que se llama honrar el uniforme de la patria!

CURIOSIDADES

En las calles de Budapest hay máquinas automáticas para depositar los ahorros. El impcnente recibe un talón por cada una de las cantidades que admite la máquina cada vez. Estos talones pueden convertirse en dinero en cualquier momento con sólo presentarlos en alguna de las oficinas de la Caja de ahorros.

En Francia hay actualmente en circulación 15.911.000.000 monedas de diversos cuños.

Las fortunas privadas de los ciudadanos de Francia suman 57.500 millones de pesos oro.

El hombre que hacía falta

(Continuación)

CAPITULO IX.

Había pasado. El engaño había terminado. Con la curiosa lógica que había sido su característica desde el comienzo de este episodio sorprendente, Juan se sentía al cabo de sus fuerzas. En el momento preciso en que tenía las razones más poderosas para felicitarse, cuando había conquistado el corazón de una mujer, que estaba dispuesta, no sólo á que él continuase engañando, sino á ayudarle con todas sus fuerzas á hacerlo, por amor á aquella buena familia á la que amaba tanto como él, tiró al suelo su baraja. Como se lo comunicaría á las personas queridas, que con tanto cariño le habían cobijado, no lo sabía aún. Horas y horas estuvo paseando en un estado caótico doloroso y penible. Se decía que no era posible continuar simulando por más tiempo. Le habían puesto un nombre que no era el suyo. El había aceptado. Esto era ya bastante malo. Pero el sólo pensamiento de aproximarse al altar y tomar por esposa á aquel ángel, bajo un nombre falso, le horrorizaba. No podía hacerlo. Era imposible. Y sin embargo, algo debía resolver. La cuestión era: ¿qué?

Por vez primera en su vida se sintió dominado por la cobardía. ¿Cómo podía presentarse ante la madre, que á su sola vista se había desmayado y el padre que en frases cortadas, le había dicho que hacía falta? Entró en su habitación y arregló todas sus cosas, dominado por el deseo de escurrirse en la obscuridad de la noche, como lo había hecho el verdadero Conrado, desaparecer y no ser visto de nuevo jamás. Pero cuando hubo empaquetado sus ropas, dió un puntapié á la maleta, la tiró á un rincón y sujetándose metafóricamente por el pescuezo, se dió la paliza más soberana que haya hombre recibido en su vida. Entonces se sentó, cubrióse la cara con las manos y pensó. Por último, llegó á la conclusión de que lo único factible era encontrar á Cirilo, confesárselo todo y hacer lo que él aconsejara — sí, aunque lo dudaba, el joven oficial tenía bastante calma para poder aconsejar. Una vez tomada esta resolución, y por miedo de que se enfriara en ella, se levantó inmediatamente, bajó la escalera y fué á la casa del hombre á quien había sido feliz en llamar hermano. Lo encontró en la armería silbando tranquilamente, mientras limpiaba unas pistolas.

—Este es el lugar más apropiado, se dijo Juan. La única manera de acabar esta farsa será ponerse unas onzas de plomo en los sesos.

—Ola, viejo, gritó Cirilo, ¿qué te pasa? Haces muy mala cara.

—¿Te parece? También la harás tú cuando te diga la causa.

Cirilo le miró de un modo curioso. En la voz de su hermano se notaba un estraño timbre de angustia.

—¿Qué ocurre?, preguntó.

Juan se dirigió á la ventana y estuvo contemplando largo rato el plácido jardín que rodeaba el castillo que él había llamado su hogar. Luego se volvió y habló con la mayor sencillez.

—Creo mi deber comunicarte, dijo, que no soy Conrado Axminister.

Esperaba una exclamación de horror, una mirada de sorpresa. En lugar de ésto vió á Cirilo dejar la pistola sobre la mesa, dirigirse cariñosamente á él y sintió posarse la mano del hermano sobre los hombros.

—No lo hagas, dijo éste.

Cirilo parecía ansioso y hablaba conmovido.

—Mirá, continuó, más ó menos, ya esperaba yo algo de ésto.

—¿Cómo..., "tú también?"

—Bueno, sabes, ya sé lo que es estarse trabajando continuamente. A mí me pasó lo mismo cuando estaba preparándome para el examen de la escuela. Has estado trabajando semanas enteras como un caballo en la noria. ¡Déjalo, viejo! Toma tus vacaciones. Como soy más joven que tú, vas á reirte de mis consejos y panaceas de médico aficionado. Pero creo que algo debe hacerse, cuando tú te acercas á un hombre y con la mayor frescura niegas tu identidad.

Juan hizo un gesto de desesperación.

—Te digo, gritó, que no soy...

—¡Está bien, viejo, está bien!

Cirilo abrió la puerta que conducía á la terraza, tomó á Juan por el brazo y le arrastró casi. Tomando luego una cómoda silla de mimbre, la llenó de almohadas y le hizo sentarse sobre ellas.

—Este es tu sitio, dijo. Enciende una

(*Continúa en la pág. 22*)

pipa, piensa pronto qué viaje por mar, te gustaría más hacer y yo telefonaré á la compañía que nos reserve un par de pasajes. Ya te curaré de ésto.

Cuando Juan miró á su alrededor estaba sólo.

Sin embargo, no estaba sólo. En su imaginación podía ver al "Viejo" de pie frente á él y le oía decir:

—Animo, Juan, acaba de una vez. Ya has robado tu día. Has intentado robar la familia á otro hombre. Esto no puede hacerse. Tú no tienes familia ni hogar y nada puede alterarlo. Anímate y dí la verdad. Podrás perder á tu novia, podrás perderlo todo; pero recobrarás tu propia estima.

—Está bien, "Viejo", repuso Juan. Se acabó.

Y se levantó de nuevo. Su primer intento había fracasado triunfalmente. Le había creído mientras mentía. Ahora que decía la verdad, no le hacían caso.

Vió á Leonor paseando perezosamente seguida de un perro faldero. Bajó las gastadas escaleras de piedra y le salió al encuentro.

—Ven al invernáculo, le dijo. Preciso hablarte.

Leonor le tomó el brazo y fué baloteando á su lado, feliz de poder capturar unos momentos para ella sola al hermano que tenía que repartirse entre tantos.

—Así me gusta, dijo mirándole radiante. Estás siempre tan ocupado en arreglar las cosas, que nunca se puede hablar un rato seguido contigo... Oye, Conrado; ¿es algo de Margarita?

—No.

La niña le dió una mirada rápida. Este nuevo tono de voz, completamente inesperado, le hacía más daño de lo que Juan podía figurarse. Entraron en el invernáculo. Juan contempló un momento los ojos francos de la muchacha. Su garganta estaba seca. Apenas podía hablar.

—Voy á decirte algo, que para mí es peor que la muerte, murmuró con voz ronca. Se lo dije á Cirilo; pero no quiere creerme. Voy á decírtelo á tí, porque me dá miedo decírselo á mi padre y á

EL HOMBRE QUE HACÍA FALTA

mi madre. Quiero decir, al almirante y á Lady Axminister...

—Conrado..., ¿qué hay?

La tierna solicitud de la muchacha era inaguantable.

—¡No, soy tu hermano!, aulló casi Juan. Soy un impostor, un falsario. Cuando me encontrastéis en Londres estaba dispuesto á asirme á cualquier pretexto para quedarme en Inglaterra. Ninguno de vosotros dudó de mí. Yo acepté la situación. No soy Conrado Axminister, ¿oyes?... ¿Por qué no me dices algo?... ¿Crees que soy un animal ponzoñoso?

Leonor hizo un movimiento instantáneo, puso sus brazos alrededor del cuello de Juan y colocó su rosada mejilla sobre la suya.

—Ya hablaremos de ésto más tarde, querido, murmuró, ahora deja que te acompañe hasta la hamaca y voy á leerte una historia hasta que duermas. Estás cansado. Has trabajado demasiado... Espera aquí, voy corriendo á avisar al médico. No te muevas, ¿oyes?

Y cuando por segunda vez Juan se encontraba sólo, tan triunfalmente fracasado como antes, se apoderó de él una rabia impotente, extendió los brazos al cielo y se paseó arriba y abajo nerviosamente, estallando por último en una horrible carcajada hasta que brotaron de sus ojos las lágrimas, lágrimas calientes como sangre, que parecían salir de una gran herida.

Y entonces salió del invernáculo dispuesto á ser hombre por entero y exponer la verdadera situación al almirante, sin embajes, sin tratar de buscar excusas; sino simple y llanamente tal como había sucedido. Sabía el final que todo ello tendría y que este final dejaría sobre él una huella para todo el resto de su existencia. De nuevo volvería á ser el hombre solitario, sin hogar, sin familia; pero esta vez, á cualquier parte que se dirigiese, podría al menos llevar algún recuerdo consigo. Con esta resolución entró, pues, en la casa, en pleno dominio de sí mismo. Cirilo y Leonor se habían negado á creerle. Era su deber procurar que el almirante no tuviese motivo alguno para hacer lo mismo.

El anciano marino no estaba en su habitación — aquella amplia habitación que había llenado de pinturas navales y retratos y mil y un recuerdos de una larga carrera por el mar. Sin embargo, la habitación no estaba vacía. Juan se encontró frente á frente con un hombre alto, macilento, de cabellos grises y lentes negros, un hombre que estaba de pie apoyado con una mano sobre el escritorio del almirante y sosteniendo con la otra una balija.

—Perdone, señor, dijo Juan, creía que mi padre estaba aquí.

—¿Su padre?...

La pregunta salió bruscamente. Fué acompañada de una mirada escrutadora, sospechosa.

—¿Es usted, pues, el señor Conrado Axminister?

—No, dijo Juan. Mi nombre es Arleigh.

CAPITULO X.

El almirante había sido informado que su procurador, el señor William Paxton, de la firma Paxton, Penkridge, Paxton and Son, deseaba verle para un asunto de importancia inmediata. Estaba sentado con su mujer en la habitación que ella denominaba suya, discutiendo las mejoras que habían sido introducidas hasta entonces por Conrado. Se levantó en seguida y mandó un criado en busca de su hijo mayor. Si el asunto que traía á Paxton era de importancia inmediata, Conrado debía estar presente. Dió un beso á su esposa y salió silbando. No imaginaba nada desagradable. Se alegró de que su hijo estuviese ya con el procurador.

—¡Ah!, querido Paxton, ¿cómo vamos?, dijo. Ha tenido usted un buen paseíto para venirse hasta aquí. ¿No le hubiese bastado una carta?

—No, Sir Harry, replicó Paxton, con gravedad.

El almirante colocó cariñosamente su mano sobre el hombro de Juan.

—Hubiese querido tener el gusto de presentarle á mi hijo personalmente. Sin embargo, veo que ya se conocen. ¿Quiére usted tomar algo antes de entrar en materia?

—No, gracias, dijo Paxton. Lo que debo comunicarle es algo difícil, desagradable y temo que le ocasione un disgusto. Dadas las circunstancias especiales que concurren en ello, me parece conveniente que el capitán Axminister se encuentra presente.

El almirante pareció sorprendido y al atravesar la habitación para tocar el timbre, se revolvía en vano los sesos buscando una pista á la indicación del procurador. No podía encontrar ninguna. Apareció el mayordomo, le dijeron que condujera inmediatamente al capitán y desapareció con el característico sigilo.

Durante todo este tiempo, Juan, convencido de que había llegado demasiado tarde para decir al almirante lo que quería comunicarle, miraba al abogado con una especie de fascinación. Le vió sacar de su valija un legajo de papeles atados cuidadosamente con un cordoncito rojo. Notó que las manos del hombre temblaban un poco y que se esforzaba en vano por suprimir toda excitación y nerviosidad.

El almirante se sentó y él también contemplaba sorprendido. Cuando Cirilo entró, la habitación estaba completamente silenciosa.

—¡Hola!, dijo. ¿Una consulta? ¿Cómo está usted, señor Paxton?

El procurador saludó gravemente, señaló una silla y tomó para sí la que el almirante acostumbraba á utilizar. Esperó hasta que Cirilo se hubiese sentado y tosió para aclararse la garganta.

—Sir Harry, dijo, he venido para leerle á usted una carta de una firma de procuradores norteamericanos. La

(Termina en la pág. 24)

ALMANAQUE

NOVIEMBRE

16 Jueves — *San Edmundo.* — Sale el sol á las 4.25, pónese á las 6.18.

17 Viernes — *San Gregorio Taumatur* — Sale el sol á las 4.24, pónese a las 6.19.

18 Sábado — *San Román* — Sale el sol á las 4.24 pónese á las 6.21.

19 Domingo — *Santa Isabel* — Sale el sol á las 4.23, pónese á las 6.21.

20 Lunes — *San Félix de Valois.* — Sale el sol á las 4.23, pónese á las 6.22.

21 Martes — *Presentación de N. S.* — Sale el sol á las 4.22, pónese a las 6.24.

22 Miércoles — *Santa Cecilia* — Sale el sol á las 4.21, pónese á las 6.24.

Efemérides de la semana

NOVIEMBRE

16 de 1632. — Batalla de Lützen y muerte de Gustavo Adolfo.
17 de 1869. — Apertura del canal de Suez.
18 de 1844. — Muere Rondeau en Montevideo.
19 de 1882. — Fundación de La Plata.
20 de 1894. — Muere Rubinstein.
21 de 1694. — Nace Voltaire.

Historia de la semana

(Los sucesos más culminantes)

DOMINGO, 5. — Fírmase un decreto disponiendo la anexión del colegio nacional á la universidad.

—Inaugúrase, en Río IV, una exposición rural.

—El ilustre político portugués, doctor Braga, pronuncia una conferencia en la Opera.

—Realízase, en el domicilio del señor Lorenzo Pellerano, un brillante festival de caridad.

LUNES, 6. — Publícase el decreto de licenciamiento de conscriptos de la clase del 90.

—Monseñor Orzali es aceptado por el papa como un candidato para el obispado de Cuyo.

—Celébrase, en el gimnasio de la Sportiva Argentina, un banquete en honor del señor Antonio de Marchi, con motivo de hacérsele entrega de una placa conmemorativa de la primera olimpiada sudamericana.

MARTES, 7. — La intendencia municipal envía un mensaje al concejo deliberante dando cuenta del costo aproximado de la primera avenida diagonal.

—Los ingenieros Julián Romero y Agustín Mercán, director é inspector general, respectivamente, de la dirección de irrigación, presentan su renuncia indeclinable.

MIERCOLES, 8. — El ingeniero chileno señor Castillo del Solar, en compañía del ministro plenipotenciario de su país, visita al ministro de relaciones exteriores.

—El ministro de relaciones exteriores recibe oficialmente al cuerpo diplomático extranjero acreditado ante el gobierno nacional.

—Regresa de Montevideo y se hace cargo de la legación, el ministro plenipotenciario del Uruguay, señor Daniel Muñoz.

JUEVES, 9. — Decrétase el nombramiento del ingeniero italiano señor Decio Severini, para ocupar el puesto de director general de irrigación.

—El tribuno portugués doctor Alejandro Braga pronuncia su segunda y última conferencia.

—Se inaugura, en Corrientes, una exposición feria ganadera.

VIERNES, 10. — Se hace cargo de la Dirección general de inmigración, el ingeniero Severini.

—El ministerio del ramo, nombra profesores de estenografía, para la escuela de Comercio del Rosario, á los señores Hirán Calogero y Domingo Cabanillas.

SABADO, 11. — La huelga general de obreros y comerciantes, en Puerto Militar, asuma caracteres alarmantes.

—La autoridad municipal, proyecta una censura previa á las vistas cinematográficas, determinando la prohibición de las escenas de hospital y hospicio.

¿Qué ha hecho el presidente?

DOMINGO. — Se queda en Martínez cumpliendo el precepto bíblico del descanso dominical.

LUNES. — Concurre á su despacho. Conferencia con el ministro del interior respecto á la política santafecina. Se entrevista con los demás ministros. Concede audiencia al diputado portugués doctor Braga. Recibe á una delegación de vecinos de San Nicolás. Concede nuevas audiencias á varios diplomáticos. Por último, recibe numerosas visitas de diputados y senadores.

MARTES. — Permanece en Martínez para reponerse del desgaste excesivo del día anterior.

MIERCOLES. — No repuesto todavía del todo, resuelve quedarse en Martínez.

JUEVES. — Almuerza con el ministro del interior. Concurre á su despacho. Recibe á los ministros, barajando diversos asuntos. Como siempre, es muy visitado. Promete asistir el sábado al Hipódromo Argentino y á la comida que en su honor ofrecerá mañana el vice.

VIERNES. — No concurrió á su despacho, debido á las fatigas de las largas entrevistas de ayer. Promete concurrir el lunes á fin de conferenciar con sus secretarios sobre diversos asuntos.

SABADO. — Se queda en Martínez, para reponerse del desgaste excesivo del día anterior en que hubo de hacer un "tour de causeries", durante la comida de don Victorino. S. E. se muestra seriamente preocupado de los asuntos pendientes de resolución que descansan en su despacho.

TEATRO

POLITEAMA



PRIMETTA CIONI
Gentil y aplaudida soprano de la compañía lírica de este teatro



PAOLA BORTOLUZZI
Bella y excelente medio soprano que actúa con éxito en el mismo teatro

NACIONAL (Norte)



ADA CORNARO
Característica del Nacional, que celebrará pasado mañana su función de gracia

COLISEO



RINA ZOFFOLI
Hermosa y elegante soprano que obtiene gran éxito en este teatro

ESTRENOS DE LA SEMANA

El concurso del Nacional



«La hora del balcón», primera obra del concurso estrenada
Los nombres de los intérpretes siguiendo de izquierda á derecha son los siguientes:
De pie: Tetina (O. Bozán), Paseante (F. Ardissone). Cachirulo (S. Pomar), Paseante (M. Ruggero), Tita (M. E. Podestá). — *Sentados:* Doña Leona (A. Ferrer), Juan (J. Gómez), Pituca (B. Podestá), Rafaelito (Niño A. Podestá).



Intérpretes del sainete lírico «¡La guerra!», segunda obra representada del concurso, cuyo estreno se llevó á cabo el último viernes

"LIRIO ENTRE ESPINAS" estrenado con éxito en el Apolo de Madrid



La señorita Lahera y el actor Rufart en una de las escenas principales



MARIA PALOU
que encarna á la hermana de caridad protagonista de «Lirio entre espinas»



VIRGILIO CESARI
Notable bajo de la compañía de ópera que actúa en el Coliseo

El éxito de «Casta Susana» en Madrid



Gracioso cuarteto del último acto, cantado por la Srta. Santa Cruz y los Señores Ontiveros, Ramos y Meseller

recibí esta mañana junto con los papeles á que hace referencia. Como la carta ya habla por sí sola, no hago observaciones preliminares.

El señor Paxton se enderezó los lentes, sacó una hoja de papel del legajo y comenzó á leer:

"145 West Forty-seventh Street
"New York City.
Julio 27 de 1911.

"Sres. Paxton, Penkridge, Paxton and Son.
"48a, Gray's Inn Square, London, W. C., Inglaterra.

"Muy señores nuestros: Referente á Conrado Axminister, fallecido..."

—¡Fallecido!, Cirilo lanzó la exclamación con una carcajada.

—¡Fallecido!, repitió el almirante. ¡Gracias á Dios, no!

Juan permanecía callado, pero él también, interiormente, repitió la frase. El procurador no hizo caso de estas interrupciones.

"Uno de nuestros clientes, la señora María Juana O' Sullivan, que ha vivido durante seis años en un piso de una casa sobre la que tenemos nosotros una hipoteca, nos visitó ayer trayendo una pequeña cartera de cuero con el nombre "Conrado Axminister" en letras de oro. Nos dijo que esta cartera era propiedad de un joven inglés que vivió en su casa durante dos años con el nombre de Guillermo Sussex. Por lo que dice, este hombre estaba casi siempre sin salud y con frecuencia sin empleo. En una palabra, estaba entregado á la bebida, lo que le imposibilitaba conservar los empleos que sus capacidades naturales le proporcionaban. Parece, según dice, que cayó en malas manos, y que no tuvo la suficiente fuerza de voluntad para librarse de ellas y aunque sin duda algunas veces trató de luchar, fué cayendo gradualmente en un estado de degeneración mental y física. Ultimamente se entregó á la morfina, quedó siempre sin trabajo y se procuró un préstamo de mi cliente, prometiéndole una buena cantidad que iba á pedir á Inglaterra".

El almirante no pudo permanecer quieto por más tiempo.

EL HOMBRE QUE HACIA FALTA

—¡Basta!, ¡basta!, dijo, y se levantó presa de gran agitación. ¿Por qué hojear de nuevo los capítulos de un pasado que ha muerto? ¡Mire, á mi hijo! ¡El ha sabido salvarse de todo ésto!

—¡Déjelo, que continúe!, dijo Juan.

—Entonces, si quieres, puedes salir un rato, interrumpió Cirilo.

—Prefiero quedarme.

—¡Debe!, dijo el señor Paxton. Y continuó leyendo con voz cada vez más profunda.

"Por último llegó el fin — muy común y no menos terrible por esto. El morfinático, imposibilitado para comprarse la droga ó para convencer á la señora O' Sullivan de que lo hiciera, se degolló".

El almirante abrió la boca en una sacudida de sorpresa y horror.

—¡Dios mío!, dijo. Pero ésto es...

—Sir Harry, replicó el procurador, por terrible é inverosimil que le parezca, le ruego que me permita llegar al final. Suplico también al capitán Axminister se sirva cerrar la puerta y entregarme la llave.

Cirilo estaba demasiado sorprendido para poderse mover.

Juan se levantó pausadamente, atravesó la habitación, cerró la puerta, sacó la llave, regresó al lado del escritorio y la dejó en manos del procurador.

Este le dió una mirada escrutadora. Había conocido á Conrado Axminister. Sabía que si Juan Arleigh hubiese entrado en su escritorio dos días antes, lo hubiese aceptado sin vacilaciones como el hijo del almirante. Ahora, lo contemplaba como un carácter peculiar y no comprendía á las claras su juego.

Continuó, leyendo.

"La señora O' Sullivan era una mujer bondadosa. No quiso, pues, permitir que este hombre tuviese un entierro de pobre, de modo que se le hizo un funeral decente y sus habitaciones fueron desinfectadas y realquiladas en debido tiempo.

"Todo ésto sucedió en mil novecientos nueve. Hace pocas semanas el nuevo inquilino descubrió en el interior del armario, y entre un montón de diarios viejos, una pequeña cartera de cuero. La señora O' Sullivan encontró en ella ciertos papeles que parecen indicar que el suicida no era Guillermo Sussex, sino el Conrado Axminister, cuyo nombre aparece grabado en la cartera. Así lo dedujo de varias cartas que en ella se encontraban, especialmente de una, escrita por el mismo suicida y dirigida á ustedes en sobre abierto, que, junto con los otros papeles, les remitimos para que hagan de ello el uso que crean conveniente. Tengan la bondad de acusar recibo de la presente y en el ínterin nos ofrecemos de ustedes atentos.

Por **Rickman D. Harrison and Co.**
Rickman D. Harrison."

Hubo un momento de pausa. El almirante y Cirilo parecían petrificados de repente. Juan permanecía sentado, contemplando al procurador. ¿Qué hubiese dicho el "Viejo", si hubiese podido ver y oir?

—Y ahora, señores, dijo Paxton, sólo me queda leerles la carta de su hijo.

—¡No!, gritó el almirante. ¡No!, no podría resistirlo. ¡En voz alta, no! El pobre anciano se levantó tambaleándose, tomó la carta con una mano que temblaba violentamente y la leyó mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Sí, dijo, es de Conrado!

Y la entregó á Cirilo.

Este, después de leerla, repitió las palabras de su padre.

—¡Sí, es de Conrado!

—La carta y los demás papeles los dejo aquí; pero antes de retirarme desearía recibir instrucciones sobre lo que deba hacerse con el hombre que na personificado á Conrado Axminister.

—Tenga la bondad, dijo el almirante Sir Harry Axminister, de dejar este asunto á mi cargo. Cirilo, si el señor Paxton no quiere quedarse á comer, haz que le den algo y le acompañen á la estación para que pueda tomar el tren que más le convenga.

Cuando el procurador hubo abandonado la habitación acompañado de Cirilo, Juan se dirigió al lado del almirante.

—Permítame que se lo diga, murmuró.

—Todavía no, replicó el anciano. Espera que vuelva mi hijo.

CAPITULO XI.

Una hora más tarde los últimos rayos de sol caían sobre las cabezas de tres hombres que estaban sentados muy juntos, tocándose casi las rodillas. Dos de ellos habían escuchado silenciosamente la confesión del tercero, una historia sencilla y franca, contada sin emoción; pero con una sinceridad convincente en absoluto. Al final de ella Cirilo, se dirigió á su padre.

—¿Qué hemos de hacer?, preguntó.

Juan esperó sus palabras como un reo la sentencia de muerte.

Cuando el almirante habló lo hizo con una voz que no podía dominar.

—Cirilo, hijo mío, ahora hemos oído una cosa que seguirá siendo nuestro secreto. Si la más pequeña insinuación llegara á oídos de tu madre, ya sabes bien que no viviría para escuchar el resto. Juan Arleigh ha venido á nosotros no sólo bajo la forma de Conrado Axminister, sino con el mismo corazón que confío tenía él. Demos pues gracias á Dios por habernos concedido á Juan Arleigh, roguemos á éste que acepte el nombre que le hemos impuesto, legalicémoslo con el mayor sigilo posible y concedámosle más aún, si cabe, nuestro cariño y nuestro respeto. Cuando llegue la época, tú serás el primogénito. ¿Estás conforme?

—Sí, dijo Cirilo.

Al almirante se volvió á Juan.

—¿Aceptas?

Juan no podía encontrar palabras. Tendió ambas manos al viejo marino y cerró el trato que le proporcionaba hogar, familia y esposa.

Entonces se abrió la puerta y entró Lady Axminister con Leonor y Margarita.

—Estamos solitas las mujeres, dijo. ¿Qué hacíais vosotros?

—Nos poníamos en regla, madre, dijo Juan.

Y lanzó una mirada á Margarita, que hizo su parecido á una rosa más perfecto que nunca.

FIN.

LA SEMANA CÓMICA, por Redondo.

La trasmisión del mando ó «la alternativa de Plaza»



—Mientras voy á la estancia «La Armonía» en Mar del Plata, te doy la alternativa de presidente. Te entrego los atributos presidenciales y la espada de mando. «No la saques sin razón, ni la guardes sin honor».

Entre cereales



—Siendo Vd. gobernador de la Pampa y yo del Chubut, debemos felicitarnos mutuamente por el espléndido año que tenemos.

El trust de los fumadores



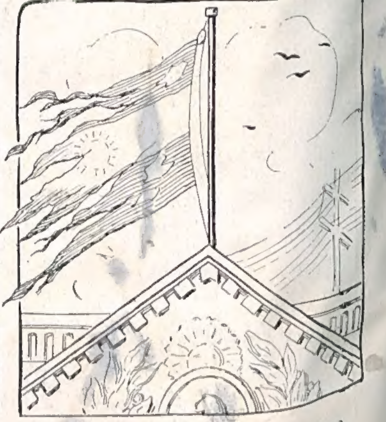
—¿Qué actitud tomamos con el trust?
—Yo fumo cigarros toscanos.
—Y yo de Montevideo.
—Pues yo brevas de Canarias.

Modas equívocas



—¡Señorita! no vaya cargada, yo lo llevaré el bulto; hoy no he hecho ninguna changa. ¡Sólo por 50 cents.!

La gloriosa enseña



La bandera.—¡Ay cómo se me tiene, como se me honra y venera en los edificios públicos de esta capital!...

El atraso de pago á los maestros



— Señor, vengo á reclamar mis sueldos atrasados.
— ¡No sea tan pesado! Espere otros tres meses y déjeme organizar con tranquilidad el programa de las romerías, que es lo que interesa al pueblo.

El gobierno y las compañías de seguros



— Nosotros no pagamos el seguro del incendio de los depósitos de la Aduana. No podemos ser responsables de la imprevisión, abandono y desorden del gobierno.

Emigración de millonarios para Europa



— ¿Cómo siendo tan linda Buenos Aires se va á pasear á Europa?
— Porque allí me luzco, me divierto y gasto solo una cuarta parte de lo que gastaría aquí.

En un concurrido teatro



El inspector de teatros. — ¡Esto es un atropello á la autoridad!
El tramoyista. — Todo por no respetar las ordenanzas municipales que prohiben estar estorbando en escena, á todos los que no sean de la compañía.

Proyecto de escudo definitivo de la ciudad de Buenos Aires



Sobre un fondo de mucha *plata* corre en actitud *rampante* un caballo *blanco* (símbolo de pureza de costumbres) en un campo *verde*. El jockey gasta blusa de *sable* con mangas *verdes*. Un sol de *oro* preside la fiesta.

Tall. Gráf. L. J. Rosso & Cía. — Belgrano 463, Bs. As.
Editado por la Empresa Haynes, Chacabuco 677 y 685